pendencia de la provincia. Carecían de medios de subsistencia y de pago de la tripulación. Súpolo el general Sucre en Guayaquil y se apresuró a enviarles propuestas mediante la entrega de ciento cincuenta mil pesos; y como el jefe cumanés necesitaba ausentarse para la campaña de Pichincha dejó comisionado al capitán de navío Juan Illingworth para llevar a cabo la operación. Pero la Junta le presentó toda clase de obstáculos hasta lograr que la realizara el general Salazar, ministro del Perú, quien por ochenta mil pesos las adquirió para la república que representaba, privando a Colombia del valioso contingente.

La excitación, los disturbios de Guayaquil aumentaban por momentos. La llegada de Bolívar a Quito con los lauros de la difícil campaña de Pato y la corona de Bomboná, glorias aumentadas con la brillante victoria de Sucre en Pichincha, produjeron en la débil Junta de Gobierno el efecto de un rayo: vivía pero inconsciente de sí misma. Los gritos de los adherentes de los tres partidos resonaban simultánea o alternativamente por la ciudad; los frentes de las casas y las esquinas de las calles ostentaban carteles a porfía; el alboroto reinaba en todo el ámbito urbano y suburbano. Bajo este clima de desorden, amenazas y revuelta popular los amigos de la reincorporación a Colombia habían inflado de tal manera el ánimo que los pobres peleles del gobierno no encontraron mejor arbitrio que despachar a La Mar con la ostensible comisión de felicitar a los vencedores de Pichincha en Quito, pero con el fin verdadero de buscar los medios de sortear la mala fortuna que veían inminente.

La victoria de Pichincha dio aún más entusiasmo por su causa a los partidarios de Colombia, que llegó al máximo cuando días después se supo de Bomboná y la entrada triunfal de Bolívar en Quito. Exigieron a la junta la convocación del colegio electoral, seguros como estaban de su triunfo rotundo, y la Junta hizo la convocación para el 28 de julio. Esto acontecía el 19 de junio, así que el acto quedó diferido para treinta y nueve días más tarde, plazo que se ha calificado demasiado largo si se compara con el término que se dio para la convocación anterior frustrada por la derrota de Huachi; y se ha juzgado que tenía por objeto dar largas para la llegada del Protector.

Hábilmente Bolívar hizo marchar hacia Cuenca la división de Santa Cruz a quien el Protector había dado instrucciones de dirigirse a Guayaquil: con esta fuerza terrestre y la armada de Blanco Encalada más la presencia del prestigioso héroe argentino, el partido peruano habría aumentado considerablemente su fuerza. Pero Bolívar adivinó a tiempo las intenciones y frustró el posible grave

conflicto. Salom adelante con tres batallones de la Guardia hacia Guayaquil; Santa Cruz hacia Cuenca y la presencia del Libertador en la ciudad, que valía ciertamente más que una escuadra y más que un ejército. El resultado no era dudoso.

El Protector había salido de Lima por segunda vez en la goleta Macedonia para conferenciar con el Libertador, a quien contaba con encontrar en Quito, sobre los medios de dar rápida terminación a la guerra, según anunció. Como se ha visto se hizo preceder del aparato de la escuadra. El Libertador hizo su arribo a Guayaquil el 11 de julio. Su movimiento estuvo perfectamente sincronizado con el de Salom: casi al mismo tiempo llegó su división a la bahía de la ciudad.

Era de ver la animación que cobraron las aguas del puerto desde que se divisó sobre el Guayas la insignia del Libertador y se observó la división de la Guardia. Las crónicas exhiben con detalle la vida que cobró el puerto con la multitud de velas de que se vio poblado como por obra de encanto, yendo y viniendo sin más fin que rendir homenaje al general que llenaba con su nombre todos los ámbitos de América, aclamado como el más grande de los hijos del continente. La ría era un alarde de banderas y gallardetes, un conjunto alegre de colores, del que resaltaba el Gualda, azul y rojo del iris colombiano.

La multitud se había agolpado desde temprano en los muelles y orillas del río y en cuanto se dejó ver la falúa que transportaba al héroe y a Sucre, Salom, O'Leary, Wilson y Mosquera, comenzaron los vivas ensordecedores. Los cañones rompieron en sus salvas de veintiún cañonazos, las naves de Guayaquil sustituyeron por el tricolor colombiano la bandera de la provincia. El comandante de la escuadra peruana, Blanco Encalada, ya en aguas guayaquileñas, pasó de la suya a la falúa del Libertador, a invitación de éste, acompañado de Salazar el ministro plenipotenciario del Perú.

Al desembarcar Bolívar, vestido de gran parada, la población volcada en el desembarcadero apenas dejaba espacio para el avance del hombre a quien todos anhelaban por conocer. Las calles se veían sombreadas de arcos triunfales, las casas decoradas con flores, los balcones y ventanas colmados de mujeres que a su paso desgranan pétalos de flores, y por todas partes el ruido de las palmas, los vivas de alegría, las inscripciones: "al iris de la paz" "al Libertador de Colombia" "al rayo de la guerra". Bolívar estaba en su elemento. Era gloria, el preludio de la gloria más grande que ambicionaba: la que asentada y registrada en la historia se convierte en galardón eterno.

Y aconteció que el síndico procurador del Cabildo, don José Leocadio Leona, había preparado un discurso de bienvenida, que en la víspera había leído a los miembros de la Junta y obtenido su completa aprobación: estaba concebido en términos disconformes con la incorporación a Colombia. ¡Cual no sería el asombro y aun indignación de esos hombres cuando al leer Reyes su oración ante Bolívar la pieza estaba transformada en sentido diametralmente opuesto: una censura a la conducta de la Junta y alegato en favor de Colombia. Fue la primera victoria de Bolívar en la ciudad. Su contestación estuvo a la altura de sus justos propósitos. Olmedo, Jimena y Roca, sin insignia ni distintivos de su oficio mezclados entre el pueblo se retiraron, como quien dice, corridos. Advertido el Libertador de su presencia después sin que les hubiese hecho distinción alguna, envió a uno de sus edecanes para pedir excusas a Olmedo "Y ¿a los otros dos gobernantes?". "Es el genio de Olmedo y no su empleo lo que yo respeto". ¡Quién le hubiera dicho que esos tres adversarios, y tanto lo eran que muy pronto escaparon sin ser preseguidos ni molestados en manera o forma alguna, habrían de convertirse antes de dos años en devotos admiradores y amigos, y que Olmedo había de ser el más grande de sus cantores!

La ciudad es un volcán. Doscientos veintisiete ciudadanos dirigen al día siguiente, 12 de julio, un memorial al síndico procurador para que declare la integración de Colombia con la provincia. Se niega el recurso. El pueblo por sí y ante sí echa abajo la bandera de Guayaquil que flota frente a la casa ocupada por Bolívar y en su lugar iza el pabellón de la gran república: el Libertador ordena restituir aquella. La excitación pública iba adquiriendo caracteres de tumultuoso desorden. Los amigos de Colombia apretaban, exigieron del Libertador que prescindiera de la Junta de Gobierno y declarase la incorporación. No podía hacer mejor para acabar con el espíritu de la jornada que se levantaba por grados, que tomar resueltamente el partido que adoptó. El 13 de julio prescindió resueltamente de la pobre Junta y arropó a Guayaquil con el glorioso pabellón en que venía envuelto "desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas". Fuera de otras razones fundamentales, era indispensable acabar de una vez con la agitación popular rayana en el desorden público que la Junta se había mostrado incapaz de contener y dominar. El anuncio emitido por bando rezaba:

"1° Su S.E. el Libertador ha tomado la ciudad y provincia de Guayaquil bajo la protección de Colombia.

"2° El pabellón y la escarapela de Colombia los tomará la provincia como el resto de la nación.

"3° Todos los ciudadanos de cualquiera opinión que sean serán igualmente protegidos y gozarán de una seguridad absoluta.

"4° Colombia será victoreada en todos los actos públicos, así militares como civiles.

"5° La autoridad de su excelencia el Libertador y sus subalternos ejercerán el mando político y militar en la ciudad y provincia de Guayaquil.

"6° Se encarga a todos los ciudadanos el mayor orden a fin de evitar las disenciones que han ocurrido.

"7° Las antiguas autoridades han cesado en sus funciones políticas y militares; pero serán respetadas como hasta el presente y hasta la convocación de los representantes de la provincia.

"Por orden de S.E. el Libertador, publíquese.

Guayaquil, 13 de julio de 1822. Bartolomé Salom

"¡El Libertador nos ha ganado de mano!" Era su deber, como presidente de Colombia, cortar de raíz el malestar público que señoreó la conspiración peruana desde la transformación política de la región. No era posible, por una parte, permitir que la nación del Sur atentase por más tiempo a la mutilación de su vecina, y por otra, que la provincia continuase en su "absurda" y ridícula posición de nación independiente.

Sin embargo, Bolívar dejó vigente la convocación del colegio electoral hecha para el 28 de mes: estaba seguro de la decisión a favor de Colombia y quería mostrar al mundo que "no existe ciudadano que no respete sus leyes". Y ¿si por casualidad ocurriese que decidiese en contra? Pues esa providencia carecería de fuerza, porque "no son las partes, sino el todo de la nación quien delibera en las asambleas nacionales"; y sobre todo "su determinación estaba bien tomada: dejar cubierta nuestra frontera por el sur y no permitir que la guerra civil se introdujese por las divisiones provinciales"; y comenta O'Leary, no permitir que el mal ejemplo, germen de desintegración del país, cundiese en las demás secciones de la república.

Clara, enfática terminantemente, en fin lo había escrito a Olmedo desde Cali el 18 de enero: "Ese gobierno sabe que Guayaquil no puede ser un estado independiente y soberano. Ese gobierno sabe que Colombia no puede ni debe ceder sus legítimos dere-

chos; y ese gobierno sabe, en fin, que en América no hay un poder humano que pueda hacer perder a Colombia un palmo de su territorio".

Miedo . . . ¿de qué? La revolución había sido absolutamente pacífica; a nadie se persiguió ni despojó ni siquiera se amenazó. Sin embargo, los miembros de la Junta, Olmedo, Jimena y Roca, el general La Mar, el ministro del Perú general Francisco Salazar, sus secretarios y unos cuantos particulares sintieron temor, y no obstante mensajes del Libertador para inspirarles seguridad y confianza, corrieron a refugiarse en las unidades navales del Perú, La Prueba y La Venganza.

Ocurrió la citada asunción de los derechos de Colombia por el Libertador precisamente el día anterior al embarco de San Martín en Lima para conferenciar con aquél en Quito. Zarpó del Callao el 14 de julio en la goleta Macedonia. Bolívar, se diría San Martín, anda enredado en la organización de la provincia de Quito y no podrá moverse de allí en mucho tiempo. Mientras tanto tengo buen espacio para llegar a la ciudad y provincia de tan vital necesidad para mis gobernados, y apoyado por la presencia de los batallones de la Mar en tierra y las unidades de Blanco Encalada ancladas en la ría influiré fácilmente en la opinión, obtendré el 28 de julio una victoria resonante en los comicios convocados para ese día, y la fecha será doblemente memorable como primer aniversario de la declaración de la independencia peruana y día en que se iniciará la realización del sueño dorado de los peruanos. Ese día se elevará inmenso mi prestigio tan traído a menos por la derrota de Ica y los políticos y militares del Protectorado.

A pesar de cuanto se ha escrito por autores interesados para sostener una insostenible mística antihistórica, el único, fundamental objeto que se proponía el Protector con este memorable viaje lo consigna irrefutablemente el general Rufino Guido, nada sospechoso de adverso a San Martín, en escrito que se reproduce en el libro argentino oficialmente editado en Buenos Aires con motivo del centenario de la muerte del prócer: San Martín en el Bronce y en la Historia.

"El general San Martín salió del Callao para Guayaquil con el objeto ostensible de tener una entrevista con el general Bolívar; pero muy reservadamente, con el de apoderarse de aquel departamento que se había declarado en favor del Perú, anticipándose al general Bolívar cuyas intenciones y movimientos de sus tropas al efecto habían llegado a noticia del gobierno peruano. Para esta

empresa se embarcaron dos batallones, y con parte de la escuadra zarpamos del Callao con dirección al referido departamento, adelantándose del convoy la goleta de guerra Macedonia, en que iba el general San Martín, y el autor de estas líneas.

"Llegados a la Puná, se supo allí con sorpresa que ya el general Bolívar se había apoderado del punto codiciado; noticia que nos dieron varios jefes y oficiales del ejército argentino que se habían retirado de Guayaquil con motivo de aquel suceso inesperado para ellos.

"Entonces San Martín, variando de plan porque ya no podía llevar a cabo su propósito se decidió por la entrevista, que era lo que todo el mundo sabía y creía".

Bajo la posible elación del triunfo que se anticipaba, el Protector no recordaba el refrán español de "no hay peor cuña que la del mismo palo". Sagaz se mostraba el Protector en su razonamiento; sagaz en extremo era Bolívar, y en la incruenta batalla empeñada entre los dos ilustres caudillos había de vencer el más activo, y el mundo había de aplaudir al que en la emergencia estaba apoyado por la fuerza del derecho más que en el prestigio de su fuerza y sus hazañas inmortales. Sagazmente el Libertador había desviado los batallones peruanos de San Martín del camino de Sabahoyo y Guayaquil; sagaz y dinámicamente había corrido a ocupar ciudad tan disputada en cuanto cayó en la cuenta del inminente peligro que corría la integridad de la patria. A la jugada del ilustre Protector del Perú correspondió con otra jugada maestra y victoriosa.

Cuando la goleta Macedonia llegó el 25 de julio con el Protector a la isla de Puná y este se informó con los refugiados en La Prueba de los acontecimientos del 13 de julio, la desmoralización de San Martín no tuvo límites. "¡Bolívar nos ha ganado la mano!" Grande fue también la sorpresa de Bolívar cuando le anunciaron la llegada de la nave con la insignia del ínclito hijo de la Argentina. No sospechó que fuese tan rápida su navegación. Tenía planeado hacer preparativos de agasajo dignos del hombre que tantos servicios venía prestando a la causa de América, y apenas le daba la noticia a tiempo para improvisarlos. Despachó en seguida para saludarlo en su nombre a varios edecanes, entre los cuales el coronel Torres con mensaje escrito en que le significaba la satisfactoria sorpresa de su llegada y que devolviera a uno de los edecanes "participándome cuando se servirá V.E. honrarnos en esta ciudad" "Yo me siento extraordinariamente agitado con el deseo de ver realizar una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional, y que pondrá el colmo a mis vivas ansias

de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al padre del Perú y de Chile".

Pero San Martín se sentía desatonado, derrotado, vencido. El edecán informó a su jefe que el Protector había resuelto no desembarcar. El objeto de su viaje quedaba así denunciado por él mismo. Una segunda misiva de Bolívar le dice: ". . . tan sensible me será que usted no venga a esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, usted no dejará burlada el ansia de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar . . .? "

Cede San Martín a regañadientes, y en la mañana del día siguiente, 26 de julio, la Macedonia está anclada en el Puerto. Sube Bolívar a bordo a saludarlo y el héroe argentino acompañado de su brillante comitiva baja a la ciudad. Un batallón de infantería le rinde los honores debidos como supremo gobernante del Perú. Bolívar está en el vestíbulo de la lujosa casa de Luzurraga frente al muelle, que se ha preparado para hospedar lo mejor posible al héroe en la escasez del tiempo con que se contaba, y allí le da la bienvenida oficial de rigor. Llegan al salón de la casa comisiones oficiales y privadas diversas, entre ellas, de señoras de la ciudad entre las que se destacó la bellísima Carmencita Garaicoa, que le ciñe las sienes con una corona de laureles esmaltados de oro que el héroe se quita protestando modestamente no merecer. Terminan las ceremonias y los dos libertadores se entregan a su primera conversación estrictamente privada, de hora y media de duración. Bolívar se retira y San Martín sale al balcón a corresponder a la ovación popular que desde la calle reclama su presencia.

Terminado este capítulo de los agasajos San Martín devuelve la visita a Bolívar. Media hora apenas estuvieron reunidos y el Protector regresó a su alojamiento. Estamos siguiendo casi al pie de la letra las relaciones de los contemporáneos testigos presenciales de las jornadas.

Los sucesos anteriores corresponden al día del desembarco, 26 de julio. El 27 volvió San Martín a visitar a Bolívar y por cuatro horas estuvieron deliberando encerrados solos, sin testigos, después de lo cual salieron a las cinco p.m. Los esperaba servida, la mesa de cincuenta cubiertos, homenaje personal del Libertador. Tras un breve descanso en casa, aquél asistió al baile ofrecido por la municipalidad, hasta la una de la mañana, hora en que acompañado y

despedido de Bolívar en el muelle, se embarcó con sus edecanes. Su salida del baile fue completamente sin que lo observasen los concurrentes.

Así ocurrieron los incidentes visibles de la visita de San Martín a la codiciada Guayaquil.

Refiere el edecán Rufino Guido que en la mañana del día siguiente (28 de julio) "el General se levantó al día siguiente al parecer muy preocupado, y paseándose después del almuerzo sobre cubierta, me dijo: '¿Qué le parece a usted como nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar? Pero confío que no se quedará con Guayaquil para agregarlo a Colombia, cuando el pueblo en masa quiere ser agregado al Perú. De grado o por fuerza lo será, luego que concluyamos con los chapetones que aún quedan en la sierra . . .' Quedan pues indicadas las ideas e intenciones de nuestro General cuando salimos de Guayaquil, y seguía tan preocupado con ellas, que muchas veces rodaba la conversación sobre ese mismo punto. Pero llegamos al Callao y todos sus proyectos vinieron por tierra. La noticia que recibió a nuestro arribo de la revolución contra su primer ministro Monteagudo y más que todo la connivencia de sus principales jefes que debieron haberla sofocado, le anonadó a tal punto, que todos notamos en su semblante la profunda impresión que había hecho en su corazón magnánimo y generoso la ingratitud de sus principales jefes. Persuadido de este error, porque así lo fue, ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él, como lo fue Bolívar, que tuvo la gloria de concluir la guerra en que estábamos empeñados". *(San Martín en la Historia y en el Bronce,* págs. 174 a 175).

Estas palabras de un edecán adicto como el que más a su persona, testigo inmediato y calificado de los hechos, serían suficientes para probar los verdaderos fines del viaje del Protector del Perú al Ecuador aunque no existieran multitud de otros testimonios fehacientes.

Asienta Francisco Encina que la conferencia de Guayaquil carece de trascendencia histórica. A la verdad esa visita de San Martín a Bolívar no tiene en el desarrollo de la lucha por la independencia influencia o trascendencia alguna. Es un episodio, una jugada dentro del ajedrez patriota en que un caudillo quedó vencido por la mayor sagacidad y el mejor cálculo del otro y nada más. Enunciándolo de otro modo, la aspiración injusta del uno, que estuvo en peligro de provocar una guerra intestina y carente absolutamente de gloria, que habría desacreditado vergonzosamente la causa y deslustrado los laureles conquistados en campos memora-

bles, tuvo que ceder ante el contendor armado con la armadura del derecho y estimulado por su deber de presidente y defensor de la república que había fundado. Su tacto, habilidad y firmeza fueron suficientes para neutralizar la jugada que se prolongaba casi dos años.

Pero si es verdad que carece la conferencia de Guayaquil de trascendencia histórica en el sentido apuntado, no es menos cierto que la escuela histórica a que varias veces hemos aludido asienta que la conferencia de Guayaquil es la base de la historia del continente americano en sus últimos años. Para justificar y desarrollar la premisa no paran mientes en las evidencias escritas ni en presentar para neutralizarlas, sugerencias absurdas y falsificaciones de documentos. Ejemplos se han dado en este siglo de gruesos volúmenes empeñados en la innoble tarea. Desde este punto de mira la conferencia de Guayaquil sí tiene trascendencia histórica, ya que es preciso, para poner en su justo punto la verdad sin mistificaciones a fin de hacer resaltar los méritos y los errores de los dos hombres sobresalientes que fueron los protagonistas de los acontecimientos: dejar a cada cual en su propio lugar sin adulteraciones bochornosas.

¿Qué se trató en la conferencia de Guayaquil? Las dos veces que los protagonistas conversaron sobre asuntos políticos lo hicieron sin testigos, pese a las aseveraciones del entonces teniente coronel Tomás Cipriano de Mosquera, uno de los edecanes de Bolívar. Es preciso que nos detengamos en este punto porque este libro versa sobre el padre de la patria y cumple examinar a fondo su conducta para determinar hasta dónde tienen o no tienen razón en sus ataques los historiadores referidos.

Lo que se hizo entre los dos libertadores no tuvo carácter esotérico, como se comprende leyendo las primeras historias de la emancipación.

Restrepo, por ejemplo, manifiesta que habiendo sido secretas las conferencias sólo pudo saberse de ellas lo que se dijo entonces por personas de las más allegadas, y adelanta: "Túvose en aquel tiempo como cierto que el principal motivo que trajera al Protector a Guayaquil había sido activar su incorporación al Perú. Existía un plan de realizarla por medio de la división peruana que se retiraba de Quito y la escuadra de San Martín que vendría a recibirla. Empero el Libertador, que tuvo noticia bien segura del proyecto, lo frustró haciendo marchar sus batallones y trasladándose él mismo a Guayaquil, para conseguir su más pronta incorporación a Colombia". Y O'Leary presente en la ciudad: "Habíase ajustado hacía poco un tratado entre los plenipotenciarios de Colombia y el

Perú por el cual se comprometían ambas repúblicas a ayudarse recíprocamente mientras durase la guerra con España; y como la de Colombia había ya terminado, San Martín venía a pedir auxilios al Libertador para dar cima a la del Perú. Este era en apariencia, el objeto ostensible de su visita; sin embargo, se susurró entonces que las miras del Protector eran menos amistosas y sinceras, y que creyendo él llegar a Guayaquil al mismo tiempo que la división de Santa Cruz, y mientras el Libertador estuviese ocupado en Quito, daría aliento con su presencia al partido peruano y quizá lograría la anexión de la provincia al Perú. El carácter de San Martín pudo dar motivo a esta sospecha, la cual adquirió más fuerza al notarse cierto desagrado y preocupación en su semblante durante su corta estancia en Guayaquil".

No se conocían entonces, aún cuando Restrepo y O'Leary escribían estas cosas, los documentos que se guardaban en los archivos del ministerio de relaciones exteriores de Bogotá, en el archivo de Santander y en Quito, pero sí estaban a la vista de todos los numerosos antecedentes, a varios de los cuales se ha aludido ya, y permitían a todos llegar a esa conclusión sin riesgo de errar.

Para contestar la objeción presentada de que el primero y el último de los documentos a que se alude en el párrafo anterior no llevan la firma de Bolívar, y por lo tanto no son de él, no revelan su pensamiento, debe tenerse en cuenta la costumbre casi infalible de su despacho: dictar sus cartas oficiales como si fueran redacción de sus secretarios, para que éstos las firmasen. Cosa distinta ocurría con la correspondencia privada; por eso la carta a Santander está estampada con su firma, al paso que las otras dos están autorizadas con la de José Gabriel Pérez uno de sus secretarios o amanuenses; pero todas tres concuerdan en el contenido y muestran al que no las lea con propósitos preconcebidos, la huella de un sólo cerebro, el estilo inconfundible del Libertador.

Puesto que a la teoría de algunos escritores nacionalistas se ha dado tan amplia circulación con el fin de crear una mística nacional en desmedro de Bolívar, y no obstante estar por eminentes historiadores esclarecidos ya y en su verdadero punto los hechos a que aludimos, debemos demorar nuestra narración para detenernos en algunos detalles; y ante todo hay que conocer las notas que forman la historia de la célebre entrevista.

La comunicación oficial al secretario de relaciones exteriores de Colombia, la remitida al intendente del departamento de Quito, igualmente oficial, y la carta privada al general Francisco de Paula

Santander, vicepresidente de Colombia en ejercicio de la presidencia, son del siguiente tenor, y sus originales reposan, respectivamente, en el ministerio de relaciones exteriores de Colombia, en el archivo y museo central de Quito, y en la Casa natal de Caracas.

He aquí el texto completo de esos preciosos documentos:

"República de Colombia. Secretaría general (Reservado) Cuartel general en Guayaquil a 29 de julio de 1822-12

"Al señor secretario de relaciones exteriores.

"Señor secretario:

"Tengo el honor de participar a V.S. que el 26 del corriente entró en esta ciudad S.E. el Protector del Perú, y tengo el de trasmitir a V.S. las más importantes y notables materias que fueron el objeto de las sesiones entre S.E. el Libertador y el Protector del Perú, mientras estuvo aquí.

"Desde que S.E. el Protector vio a bordo a S.E. el Libertador le manifestó los sentimientos que le animaban de conocer a S.E., abrazarle, y protestarle una amistad la más íntima y constante. Seguidamente lo felicitó por su admirable constancia en las adversidades que había experimentado y por el más completo triunfo que había adquirido en la causa que defiende, colmándolo en fin, de elogios y exageraciones lisonjeras. S.E. contestó del modo urbano y noble que en tales casos exigen la justicia y la gratitud.

"El Protector se abrió desde luego a las conferencias más francas, y ofreció a S.E. que pocas horas en tierra serían suficientes para explicarse.

"Poco después de llegado a su casa no habló de otra cosa el Protector sino de lo que ya había sido el objeto de su conversación, haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales. Si el carácter del Protector no es de este género de frivolidad que aparece en su conversación, debe suponerse que lo hacía con algún estudio. S.E. no se inclina a creer que el espíritu del Protector sea de este carácter, aunque tampoco le parezca que estudiaba mucho sus discursos y modales".

Las especies más importantes que ocurrieron al Protector en las conferencias con S.E. durante su misión en Guayaquil son las siguientes:

"Primera.—Al llegar a la casa preguntó el Protector a S.E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil sirviéndose de

otra frase más común y grosera aún, cual es pellejerías, que se supone ser el significado de enredos; pues el mismo vocablo fue repetido con referencia al tiempo que hacía que estábamos en revolución en medio de los mayores embarazos.

"Segunda.—El Protector dijo espontáneamente a S.E. y sin ser invitado a ello, que nada tenía que decirle sobre los negocios de Guayaquil, en los que no tenía que mezclarse; que la culpa era de los guayaquileños, refiriéndose a los contrarios. S.E. le contestó que se habían llenado perfectamente sus deseos de consultar a este pueblo; que el 28 del presente se reunían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y con la pluralidad de los votos de la asamblea. Con esto cambió de asunto y siguió tratando de negocios militares relativos a la expedición que va a partir.

"Tercera.—El Protector se quejó altamente del mando y sobre todo se quejó de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al congreso renunciando al Protectorado; que también renunciaría a la reelección que contaba se haría en él; que luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse dejaría bien establecidas las bases del gobierno; que éste no debía ser demócrata en el Perú porque no convenía, y últimamente que debería venir de Europa un príncipe aislado y sólo a mandar aquel estado. S.E. contestó que no convenía a la América ni tampoco a Colombia la introducción de príncipes europeos, porque eran partes heterogéneas a nuestra masa; que S.E. se opondría por su parte si pudiese; pero que no se opondrá a la forma de gobierno que quiera darse cada estado; añadiendo sobre este particular S.E. todo lo que piensa con respecto a la naturaleza de los gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después, y S.E. repuso que nunca convenía que viniesen tales príncipes; que S.E. había preferido invitar al general Iturbide a que se coronase con tal que no viniesen Borbones, Austríacos, ni otra dinastía europea. El Protector dijo que en el Perú había un gran partido de abogados que querían república y se quejó amargamente del carácter de los letrados. Es de presumirse que el designio que se tiene es erigir ahora la monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo, con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país, o más fuerzas de qué disponer. Si los discursos del protector son sinceros, ninguno está

más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

"Cuarta.—El Protector dijo a S.E. que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la federación, la cual ha aplaudido extraordinariamente como la base esencial de nuestra existencia. Cree que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí el de Buenos Aires por la falta de unión en él; pero que de todos modos, nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación del Perú y de Colombia aunque no entre ningún otro estado más en ella, porque juzga que las tropas de un estado al servicio del otro deben aumentar mucho la autoridad de ambos gobiernos con respecto a sus enemigos internos, los ambiciosos y revoltosos. Esta parte de la federación es la que más interesa al Protector y cuyo cumplimiento desea con más vehemencia. El Protector quiere que los reclutas de ambos estados se remitan recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos aún cuando sea necesario reformar el total de ellos por licencias, promociones u otros accidentes. Mucho encareció el Protector la necesidad de esta medida, o quizás fue la que más apoyó en el curso de sus conversaciones.

"Quinta.—Desde la primera conversación dijo espontáneamente el Protector a S.E. que en la materia de límites no habría dificultad, alguna; que él se encargaba de promoverlo en el Congreso, donde no le faltarían amigos. S.E. contestó que así debía ser principalmente cuando el tratado lo ofrecía del mismo modo y cuando el Protector manifestaba tan buenos deseos por aquel arreglo tan importante. S.E. creyó que no debía insistir por el momento sobre una pretensión que ya se ha hecho de un modo positivo y enérgico y a la cual se ha denegado el gobierno del Perú bajo el pretexto de reservar esta materia legislativa al congreso; por otra parte, no estando encargado el Protector del poder ejecutivo, no parecía autorizado para mezclarse en ese negocio. Además, habiendo venido el Protector como simple visita sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para mostrar un interés que habría desagradado sin ventaja alguna, no pudiendo el Protector comprometerse a nada oficialmente. S.E. ha pensado que la materia de límites debe tratarse formalmente por una negociación especial en que entren compensaciones recíprocas para rectificar los límites.

"Sexta.—S.E. el Libertador habló al Protector de su última comunicación en que le proponía que adunados los diputados de

Colombia, el Perú y Chile, en un punto dado, tratasen con los emisarios españoles destinados a Colombia con ese objeto. El Protector aprobó altamente la proposición de S.E. y ofreció enviar, tan pronto como fuera posible, al señor Rivadeneyra, que se dice amigo de S.E. el Libertador, por parte del Perú, con las instrucciones y poderes suficientes, y aun ofreció a S.E. interponer sus buenos oficios y todo su influjo para con el gobierno de Chile a fin de que hiciese otro tanto por su parte; ofreciendo también hacerlo todo con la mayor brevedad a fin de que se reunan oportunamente estos diputados en Bogotá con los nuestros.

"S.E. habló al Protector sobre las cosas de Méjico, de que no pareció muy bien instruido y el Protector no fijó juicio alguno sobre los negocios de aquél estado. Parece que no ve a Méjico con una grande consideración o interés.

"Manifiesta tener una gran confianza en el director supremo de Chile, general O'Higgins, por su grande tenacidad en sus designios y por la afinidad de principios. Dice que el gobierno de la provincia de Buenos Aires va cimentándose con orden y fuerza sin mostrar grande aversión a los disidentes de aquellos partidos; que aquel país es inconquistable; que sus habitantes son republicanos y decididos; que es muy difícil que una fuerza extraña los haga entrar por camino; y que de ellos mismos debe esperarse el orden.

"El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él, y que sus jefes, aunque audaces y emprendedores, no son muy temibles. Inmediatamente va a emprender la campaña por Intermedios en una expedición marítima, y también por Lima, cubriendo la capital por su marcha de frente.

"El Protector ha dicho a S.E. que pida al Perú todo lo que guste, que él no hará más que decir sí, sí, sí a todo, y que espera que en Colombia se haga otro tanto. La oferta de sus servicios y amistad es ilimitada, manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras.

"Estas son, señor secretario, las especies más importantes que han tenido lugar en la entrevista del Protector con S.E. Yo las trasmito a V.S. para inteligencia del gobierno, y he procurado valerme casi de las mismas expresiones de que han usado Ss. Ee.

"Diso guarde a V.S. — J. G. Pérez".

República de Colombia. Cuartel general en Guayaquil, a 29 de julio de 1822—Secretaría General—Al señor intendente del departamento de Quito.

"Señor general:

"Tengo el honor de participar a V.S. que el 26 a las 9 de la mañana entró en esta ciudad S.E. el Protector del Perú.

"El Protector luego que vio a S.E. el Libertador a bordo del buque que lo conducía le manifestó del modo más cordial los sentimientos que le animaban de conocer al Libertador, abrazarle y protestarle una amistad íntima, sincera y constante. Felicitó a S.E. el Libertador por la constancia admirable en la causa que defiende en medio de las adversidades que ha experimentado y por el triunfo que ha coronado su heroica empresa; en fin el Protector manifestó a S.E. de todos modos su amistad colmándole de elogios y de exageraciones lisonjeras.

"S.E. el Libertador contestó del modo urbano y noble que exigen en tales casos la justicia y la gratitud.

"El Protector se abrió a las conferencias más francas que se redujeron principalmente a las siguientes;

"A las circunstancias en que se ha encontrado últimamente esta provincia en razón de las opiniones políticas que la han agitado. Espontáneamente dijo el Protector a S.E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil en los que no tenía la menor parte y que la culpa era de ellos refiriéndose a los contrarios. S.E. le repuso que se habían llenado sus deseos de consultar este pueblo; que el 28 se reunían los electores y que contaba con la voluntad del pueblo y la pluralidad de los votos en la asamblea. Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares y de la expedición que va a marchar.

"El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al congreso renunciando al Protectorado y que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que ganara la primera victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puesta las bases del gobierno; que éste no debía ser democrático porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debía venir de Europa un príncipe solo y aislado a mandar el Perú. S.E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa y que por su parte S.E. se opondría a ello, si pudiese, mas sin oponerse a la forma de gobierno que cada uno quiera darse. S.E. repuso todo lo

que él piensa sobre la naturaleza de los gobiernos refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después.

"Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin sin duda de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza de qué disponer. Si los discursos del Protector son sinceros ninguno está mas lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

"El Protector aplaudió altamente la federación de los estados americanos como la base esencial de nuestra existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para la residencia de la federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros estados.

"El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces y emprendedores no son muy temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por Intermedios en una expedición marítima y por Lima cubriendo la capital con su marcha de frente.

"El Protector desde las primeras conversaciones dijo espontáneamente a S.E. que la materia de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría satisfactoriamente y no habría dificultad alguna; que él se encargaba de promover en el congreso, donde no le faltarían amigos, este negocio.

"El Protector ha manifestado a S.E. que pida todo lo que guste al Perú, que el no hará más que decir sí, sí, sí a todo y que él espera otro tanto de Colombia. La oferta de sus servicios y de su amistad es ilimitada manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras. La venida del Protector a Colombia no ha tenido un carácter oficial, es puramente una visita la que ha hecho a S.E. el Libertador, pues no ha tenido ningún objeto ni político ni militar, no habiendo hablado siquiera de los auxilios que ahora van de Colombia al Perú.

"Ayer al amanecer marchó el Protector manifestándose a los últimos momentos tan cordial, sincero y afectuoso por S.E. como desde el momento en que lo vio.

"El batallón Vencedor en Boyacá y el batallón Pichincha se han embarcado ayer para seguir al Perú; antes se había embarcado

príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro-forma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos.

"No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva están preparadas para el caso. Sólo me ha empeñado mucho en el negocio del canje de guarniciones; y, por su parte, no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho.

"Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente usted conocerá su carácter por la memoria que mando con el capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases.

"Hoy están tratando los de la junta electoral de esta provincia sobre su agregación a Colombia: creo que será, pero pretendiendo muchas gracias y privilegios. Yo, encargado del poder ejecutivo en esta parte, me encargaré de la provincia, dejando el soberano congreso, libre su soberana voluntad, para que salga del paso con su soberano poder Aquí me servirá de algo la división de los poderes y las distinciones escolásticas conociendo la mayor y negando la menor. Hemos logrado en estos días uniformar la opinión, a lo que no ha dejado de contribuir también la venida de San Martín que ha tratado a los independientes con el mayor desdén. Esto es lo que se llama sacar partido de todo. No es para mí este elogio, sino para el que sabe lisonjear a tiempo, aunque sea al cuerdo. La "Prueba" y la "Venganza" no estarían hoy en el Perú sin la política de San Martín; pero ya no hay más que esperar de estos bobos, y ahora le echa la culpa a ellos.

"Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes: la primera, la libertad del sur; segunda la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y reconocimiento al gobierno de Colombia.

"Y no me falta más mi querido amigo, sino ver a usted

Capítulo IX

1822

LA LLAMADA CARTA DE LAFOND

RESUMEN

La desazón de San Martín por el mal éxito de su empresa – Las confidencias con sus compañeros – La revolución en Lima durante la ausencia del Protector – Riva-Agüero, su azuzador – Repudio y destierro de Monteagudo – San Martín se da cuenta cabal de su situación en el Perú – Repudiado por los políticos y por compañeros de sus filas – Diferencia con la suprema resolución de Bolívar en los llanos – El garrote se le cayó de las manos – Confidencia con Guido: se ausentaba por evitar un choque provocado por Bolívar – La carta publicada por Gabriel Lafond de Lurcy – Su autenticidad defendida por el nacionalismo argentino, valiéndose hasta de documentos falsificados – En ninguna parte se ha encontrado su original o copia de la época – Suponiéndola auténtica ¿quién entregó a Lafond la carta? – Opiniones contradictorias y fantásticas de Alberdi, José Pacífico Otero, Bartolomé Mitre, Teodoro Caillet – Bois Ismael Busich Escobar y Jacinto R. Yaben – Something is rotten . . . – ¿Escribió San Martín esta carta? – Actitud del congreso colombiano sobre el traslado de Bolívar al Perú – Convencimiento de Bolívar de que no se le permitiría pasar al Perú – Cómputo de los soldados del rey y de San Martín – Imposibilidad de que San Martín hiciera sinceramente los cómputos que trae la carta – Inutilidad del viaje para pedir refuerzos ofrecidos por el tratado de Mosquera – Falsedades de la carta tocante a los reemplazos y a la marcha de la división de Santa Cruz – El Protector no pidió fuerzas a Bolívar: creía no necesitarlas – La verdadera causa del retiro de San Martín – El oficio de Bolívar del 9 de septiembre de 1822, desde Cuenca – Es suficiente para echar por tierra la pretendida negativa del Libertador – El expediente de los documentos falsificados – La estrategia de San Martín en el Perú y la opinión del Libertador – La conclusión de Lecuna sobre la carta de Lafond: es apócrifa – La conclusión de Irarrázaval Larraín: es fruto de una lenta elaboración mental destinada a la posteridad.

COMO SE HA VISTO en el capítulo anterior, San Martín partió de Guayaquil completamente desazonado por el mal éxito de su empresa. Sus confidencias o comentarios en presencia de sus edecanes confirmaban a plenitud los rumores públicos acerca de los fines que lo trajeron a Guayaquil. En apariencia se había despedido de

Bolívar lleno de la mayor cordialidad. Un rencor, no obstante, depositó su semilla sutil en su pecho. En el capítulo precedente hemos citado las palabras textuales con que Rufino Guido, su edecán, refiere la manera como manifestó su despecho y sus amenazas de volver a fin de rescatar a Guayaquil para el Perú: "¿Qué le pareció a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar? Pero confío en que no se quedará con Guayaquil . . ." (San Martín en el Bronce y en la Historia; edición oficial de 1959).

Al desembarcar en el Callao otra sorpresa profundamente desagradable le esperaba. Las conspiraciones que de tiempo atrás se urdían en su campo por subalternos que le acusaban de trato duro y despótico, la mala atmósfera que le habían formado actos de que en realidad no era responsable sino su ministro Monteagudo, y la empeñosa propaganda con que éste quería dar vida al sueño Sanmartiniano de monarquía en el Perú, tuvieron un violento estallido durante su ausencia.

El alma de esta revolución, el inspirador y azuzador fue el fatídico Riva-Agüero. Como siempre ocurre, todo partió de un grupo pequeño de descontentos que se habían constituído en representantes de la opinión pública. Nada más lógico en situaciones tales que descargar los odios en una cabeza prominente, y elegirla no ofrecía vacilación. Monteagudo, ministro favorito de San Martín era por muchos títulos el más indicado para blanco de los tiros con que se quería derribar el régimen del Protector: brazo derecho de éste, ardiente monarquista como aquél, era este hombre odiado y detestado en el Perú, como lo era en Chile, por sus antecedentes. Los conspiradores hallaron en ello un medio de repudio, hipócrita y baladí, por cuanto los impulsores y considerable masa del pueblo peruano en general eran también monarquistas y demostraron siempre serlo con las numerosas traiciones con que comprometieron y retardaron la obra de Bolívar, su libertador. Echaban también sobre sus hombros las persecusiones del régimen contra los españoles, que afectaban a muchas familias queridas del suelo. Alegaban no menos, exceso en la represión de ciertos vicios inveterados y que formaban parte, digámoslo así, de la vida social. Una prueba de que la sublevación buscaba el derrocamiento y expulsión de los gobernantes extranjeros y su régimen está en que Torre Tagle, encargado de la suprema autoridad durante la ausencia del Protector, estaba a todo esto inmune de los dardos de los amotinados. ¡Abajo Monteagudo! Menudeaban hojas sueltas y artículos de periódicos y peticiones a la municipalidad de Lima. El ministro renunció a su puesto, pero como eso no conjuró el mar cada vez más hinchado y

ensoberbecido, ¡Monteagudo a la cárcel! rugían. Creyó que Lima y el Perú eran su feudo y no podemos consentir que continúe su despotismo. ¡Monteagudo al destierro, no habrá paz mientras permanezca en el país! Y el ministro fue expulsado del Perú. El ejército apoyó sin reservas al populacho, signo el más visible de la débil situación a que había llegado el régimen de San Martín, quien al pisar las playas peruanas se dio cuenta cabal de su verdadera situación. Al mal éxito de sus esperanzas se unió ahora el tiro victorioso asestado a sus ilusiones en la cabeza de su favorito. Si antes tenía resuelto abandonar el poder a la primera victoria que obtuviesen sus armas contra los chapetones de la Sierra en la campaña que ya varias veces había preconizado sin realizarla, ahora cayó en la cuenta del repudio de que era objeto no sólo por parte del nacionalismo peruano que miraba con malos ojos a sus generosos libertadores, sino también en las filas mismas de su ejército. Hubiera podido hacer un saludable escarmiento como en situación análoga, en 1817, en el corazón de la Guayana, lo hizo Bolívar para salvar al ejército, conservar las conquistas hechas y asegurar la marcha de la libertad; pero el carácter del Protector carecía de la suprema resolución del Libertador para extirpar de raíz el cáncer de la insubordinación de sus subalternos, en beneficio de una causa que amaba no menos que Bolívar: "el garrote se me cayó de la mano", habrá de decir más tarde en Londres como explicación por no haber procedido en Lima con mano de hierro para ahogar el espíritu de rebeldía entre sus compañeros. Fue el episodio aludido en 1825, cuando con un grupo de amigos era agasajado en Londres. Entre ellos García del Río que había sido su ministro, le manifestó que si hubiera dado "fuertes palos" no se habría visto obligado a salir del Perú, a lo que el héroe asintió sin reservas: "sí señor, es verdad", contestó, "tuve que descender del gobierno, el palo se me cayó de las manos por no haberlo sabido manejar". Puede leerse el episodio en las Memorias del General Tomás Iriarte, tomo tercero, págs. 125 y 126.

Se encontró con que precisamente el día de su llegada a la ría de Guayaquil habían depuesto y desterrado a su mencionado Ministro. No quedaba duda, no sólo no le fue dado con el frustrado triunfo a que esperaba en Guayaquil levantar su opinión ante los políticos peruanos que le estaban haciendo amarga la vida con sus chismes, sus conceptos, la interpretación de sus miras, sino que el fracaso de su viaje incidió depresivamente en su espíritu ya bastante decaído por su tenaz enfermedad y la acción de las medicinas administradas por los médicos para aliviarla; y tomó una suprema resolución.

Hasta esos días tenía resuelto retirarse del mando civil y de la campaña militar "tan pronto como obtuviese el primer triunfo" contra los realistas de la sierra que desde hacía tiempo tenía proyectada y varias veces anunciada, cuando además, según su edecán Rufino Guido, volvería para segregar de Colombia la provincia de Guayaquil y agregarla al Perú.

Así, el fracaso de sus esperanzas de laudos y prosperidad por el frustrado golpe de mano sobre Guayaquil, la convicción del repudio de su gobierno y los principios monárquicos adoptados con calor por Montcagudo, obtenidos al regreso del malogrado viaje; el rechazo de sus últimas proposiciones a La Serna que también vino a conocer entonces su temperamento ajeno a embrollos de la política y aun su misma enfermedad y los remedios en boga entonces para aliviarla, le indujeron a complementar su antiguo designio con la resolución suprema de abandonar no ya sólo el mando civil sino también el militar y salir del país.

Su resolución fue comunicada con anterioridad a algunos amigos. A O'Higgins le dice para justificarla, en fecha 25 de agosto: "Ya estoy cansado que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio", y poco después a Luzuriaga: "Usted conoce el estado de mi salud, y más que todo me es ya insoportable oir decir que quiero coronarme y tiranizar el país". Cuando el 20 de septiembre abdica del gobierno ante el congreso lanza una proclama en que se lee: "Ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano".

En las confidencias con Tomás Guido, según éste revela, en la noche de su embarco en Ancón rumbo a Valparaíso, Guido improbaba su resolución con calor y lógica: "¿no ha medido usted el alcance del paso que da, separándose del Perú precipitadamente, y el abismo a cuyo borde deja a sus amigos y la grandiosa causa que nos trajo a estas regiones? ¿Consiente usted que se vulnere su nombre exponiendo su obra a los azares de una campaña no terminada todavía? ¿Le faltó nunca un caluroso apoyo en la opinión y en las tropas? ¿No recela que apartado de la escena sobrevenga una reacción turbulenta que haga bambolear el congreso y derribe al presidente que lo sustituya, privado como queda de la más sólida garantía de su autoridad? En este caso, dueño el enemigo de la Sierra, no podría caer al llano como un torrente para aprovecharse del desquicio en que quedaríamos y restablecer su predominio? . . ." "Por fin", agrega Tomás Guido, "terminé mi caluroso desahogo pidiéndole encarecidamente desistiese de un viaje tan funesto, recordándole que el ejército argentino y chileno conducido por él al

Perú bajo augurios felices realizados hasta entonces conforme a nuestras esperanzas, había venido firmemente a libertar al Perú del yugo colonial, y que esta noble misión quedaría incompleta si en vez de organizar la república la abandonaba delante de sus enemigos armados".

El Protector le contestó que todo eso lo tenía meditado; que no desconocía los intereses de América ni sus imperiosos deberes; que le devoraba el pesar de abandonar camaradas que quería como hijos y generosos patriotas que le habían secundado; que nada podía hacerle revocar su resolución, íntimamente convencido como estaba de que su presencia en el Perú acarrearía peores desgracias que su separación . . . "Si he de sostener el honor del ejército y su disciplina me vería en la inexcusable necesidad de fusilar algunos de los jefes; y me falta el valor para hacerlo con compañeros que me han seguido en los días prósperos y adversos". Y Guido continuó sus ardientes exhortaciones para disuadirlo de sus propósitos. "En realidad" repuso entonces el Protector: "existe una dificultad mayor que no podría yo vencer sino a expensas de la suerte del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a usted sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusará medios por audaces que fuesen, para penetrar en la república seguido de sus tropas, y quizás entonces no me sería dable evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo . . . "

Según se ve, a Guido no pudo convencer esta peregrina excusa para el abandono del Protector, de sus tropas, puede decirse, en orden de batalla frente al enemigo. Hasta el fin de sus días acusaba a San Martín con la severidad del hombre sincero y la franqueza del compañero y verdadero amigo; en carta del 30 de agosto de 1826 le dijo: "Jamás perdonaré la retirada de usted del Perú, y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso; piense usted lo que quiera sobre esto: tal es y será siempre mi opinión".

Fueren esas confidencias con su íntimo amigo Tomás Guido donde primero se dejó oir la peregrina especie de que del retiro del Capitán de los Andes era responsable Bolívar: pretexto baladí, excusa no fundada por aquél en acto alguno de éste, examinada a la larga y recta trayectoria de su conducta desde los primeros días de su noble dedicación a labrar para la América un porvenir libre de cadenas; no justificada tampoco por acto suyo de la conferencia que citara el Protector.

Al igual de Guido, nadie dio fe a semejante excusa, hasta la aparición, 1842-1845, del libro del capitán de marina francés señor Gabriel Lurcy de Lafond, intitulado *Voyages au-tour du monde– Voyages dans les Amériques.* En esta obra inserta Lafond una carta supuestamente dirigida al Libertador desde Lima el 29 de agosto de 1822, es decir, un mes después de la entrevista de Guayaquil.

Esta carta ha dado pie al nacionalismo argentino capitaneado por el general Bartolomé Mitre para fundar una tesis patriótica y defenderla con tesón llevado después hasta la ímproba presentación de numerosos documentos forjados *ad-hoc* y aparatosamente publicados en gruesos volúmenes dirigido todo a mostrar la envidia de la gloria de San Martín, el egoísmo, la pequeñez en una palabra de ese hombre que así había contradicho, agregamos nosotros, toda una trayectoria de abnegación y de grandeza moral y cívica.

Para mejor comprender lo absurdo del citado documento, apellidado generalmente la carta de Lafond es preciso conocerla íntegra, y la transcribimos a continuación:

"Lima 29 de agosto de 1822

"Excelentísimo señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

"Querido general:

"Dije a usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter sino con la que exigen los grandes intereses de América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame, general, le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación

de usted y la del ejército a su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

"No se haga usted ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el alto y bajo Perú a más de 19,000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8,500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1,400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males.

"En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

"No dudando que después de mi salida del Perú el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento.

"El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

"Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Pero tema, general, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud-América.

"He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes ambiciosos para soplar la victoria.

"Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

"Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor, José de San Martín".

En vano se ha buscado el original de este documento entre la correspondencia del Libertador ni copia de él entre los papeles del Capitán de los Andes; en vano se ha tratado de encontrar entre los papeles de Bolívar copia de contestación, que siempre las daba a misivas que recibía, ni original de la respuesta en el archivo de San Martín; en vano se ha rastreado la más pequeña referencia a ella en las cartas de Bolívar, ni en los recuerdos de sus secretarios, compañeros, allegados o contemporáneos: *tábula rasa.*

¿Cuál es, pues, el origen de la Carta de Lafond? El mismo capitán de marina asegura que se la entregó San Martín en persona; Alberdi asegura que la carta fue cedida a Lafond "por el secretario del Libertador de Colombia"; con lo que Alberdi contradice la aseveración del mismo Lafond. El historiador José Pacífico Otero insinúa, personalizando ya al dador con tanta vaguedad, señalado por Alberdi, que fue el Capitán José Gabriel Pérez o bien el "coronel Tomás Mosquera", con lo que creemos señala al teniente coronel Tomás Cipriano de Mosquera. La mención de Pérez en la coyuntura equivale a decir o que en julio sustrajo o copió del archivo de su venerado jefe una carta que había de escribirle San Martín en agosto, para dársela a Lafond, o que lo hizo después del 28 de agosto y corrió a buscar al capitán francés donde se hallase para consumar la infidencia.

Tocante a Mosquera, que nunca fue secretario, sino entonces ocasionalmente edecán de Bolívar a quien no sólo amaba sino que lo adoraba, el saqueo del archivo del Libertador tendría caracteres más graves, a menos que sólo sirviese de intermediario entre Pérez y el francés.

En el Epistolario sobre los Libertadores San Martín y Bolívar se asienta también dogmáticamente que Mosquera fue quien facilitó la carta al marino galo.

Bartolomé Mitre corrobora sin ambajes no una sino varias veces la aseveración de Lafond de haber recibido el asendereado documento de las manos mismas del héroe argentino.

Un paso más en la gradación que venimos rastreando, y tenemos ya, que tocó al capitán Jacinto R. Yaben en *Efemérides Sanmartinianas* poner el tope y coronamiento a la búsqueda y descubrimiento, y corregirle la plana a Lafond mismo, con estas palabras concluyentes: "Es decir, que el ayudante de campo de Bolívar y secretario privado de éste, general Tomás Cipriano de Mosquera, según lo afirma el último en un artículo publicado en el diario *La Crónica* de Nueva York fue quien entregó a Lafond la célebre carta; de modo que ésta en ninguna forma fue proporcionada por San Martín al famoso publicista francés".

Ocurre aquí lo que pasa con ciertos historiadores y conferenciantes sureños que atribuyen a Restrepo conceptos favorables a sus propias aseveraciones sobre la conferencia de Guayaquil, sin caer en la cuenta de que es tan fácil abrir esa historia y leer en ella absolutamente todo lo contrario, es decir, que según la voz corriente en esos días la visita del Protector tenía por objeto promover la anexión del Guayaquil al Perú. Confían demasiado en la zoncera de los lectores u oyentes. Igualmente Yaben citó sin confrontación de vida lo que quizás leyó u oyó a otros interesados en sostener esta falsedad, o la largó sin escrúpulo para poner su grano de arena en la interesada fábrica localista. Pierde su tiempo quien busque en el artículo de Mosquera publicado en *La Crónica* de Nueva York, ampliamente reproducido desde entonces, la especie a que nos referimos. Lo que de esa lectura se saca en limpio al respecto es que Mosquera ni aun conocía la carta famosa cuando estaba escribiéndole.

Something is rotten in the reign of Denmark: algo hay podrido en esta empeñosa empresa de construir adhoc la historia de un incidente que narrado con la sencillez de la verdad carecería de trascendencia histórica y no valdría la tinta que se ha gastado en adulterarlo y embrollarlo.

Considerado el punto de ¿quién fue el supuesto entregador de la carta de Lafond? cumple otro análisis: ¿escribió San Martín ciertamente esa carta? Supongamos por un momento que fue en realidad obra suya, y examinemos algunos de los puntos tratados en ella en cotejo con hechos auténticos, que no son motivo de duda ni cavilaciones por ningún aspecto.

El ligero análisis que vamos a hacer no es de ningún modo completo, pues ello no cumple al objeto de esta obra; aunque nos vemos en la necesidad de algunas consideraciones en vista del empeño de algunos escritores interesados en empequeñecer moralmente la figura de Bolívar.

Del segundo párrafo de la Carta destacamos la persuación del Protector de que la menor insinuación de Bolívar al congreso de Colombia sería suficiente para que se le permitiese separarse del territorio nacional. Aunque el Libertador no hubiese presentado a su interlocutor junto con su supuesta negativa esta razón concluyente, sería por demás ingenuo pensar que el jefe de uno de los dos ejércitos aliados en virtud de unos mismos ideales, con un común enemigo al frente, no conocía la situación de su colega en tan notorio momento. El congreso de la nación de cuya presidencia era el caraqueño titular en campaña, estaba firme en su negativa y lo estaría todavía por un año después de la entrevista por varias razones, entre ellas, la probable necesidad de su presencia en el norte, que podía surgir en cualquier instante ante la amenaza de Morales y la anunciada invasión de fuerzas peninsulares; cuanto más que el gobierno esperaba ser socorrido por recursos que se imaginaba podían arbitrarse en las agotadas provincias de Quito, Cuenca y Guayaquil. Agréguese la gran escasez de hombres con qué integrar las expediciones necesarias; la bancarrota de la economía nacional con el agotamiento de los recursos para equiparlas; la necesidad de vigilar la integridad de la gran república, que ya dejaba asomar síntomas de desintegración; y finalmente, los celos de los partidos temerosos de un engrandecimiento que pudiera contenerlos en sus ambiciones y apetitos infandos. Sobre todo esto el convencimiento de que la gestión del ejército libertador del Perú estaba a punto de producir la gratísima nueva de que no quedaban más enemigos en América. Tan convencido estaba Bolívar de que no se le permitiría pasar al Perú que para el tiempo de la conferencia daba por sentado que su misión guerrera había terminado, como lo revelan aquéllas frases dirigidas a Santander en la carta del 29 de julio: "gracias a Dios, mi querido general que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes: primera, la libertad

del Sur; segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado que va a darnos en el Perú gloria y gratitud por aquella parte . . . Ya no me falta más, mi querido amigo, sino es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo para que nadie me lo pueda robar: quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios que no quiero más; es la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna".

¿Será posible que un conductor de hombres del calibre de San Martín ignorase la posición de Bolívar tocante a la política, la economía, la vigilancia de la independencia de su país, para no hablar de las otras causas anotadas, hasta el punto de considerar fingida su declaración, si la hubo, de que el congreso no le permitiría ausentarse del país? De todos modos el Libertador se había hecho al respecto las explicaciones y aclaraciones pertinentes, de que lícitamente no podía dudar el Protector. Con las repetidas instancias de aquél para que el congreso diese su consentimiento más tarde, ante las urgentes llamadas del gobierno peruano, con saber que sólo un año después de abandonar el Protector su puesto pudo Bolívar hacer su traslado al país vecino, quedaría desvirtuado el cargo, si fuese verdad que lo hizo el Protector. ¿Habría pretendido éste que el caudillo colombiano estropease toda subordinación y respeto a las leyes del país para ceder a sus instancias? Su respuesta habría sido estas frases que más tarde dirigió a Santander, cuando todavía estaba el permiso sobre el tapete (29 de abril de 1823), con ocasión de darle cuenta de que una nueva misión peruana urgía su traslado, so pena de perderse el país y 15,000 hombres "de las cuatro naciones americanas" (Chile, Buenos Aires, Perú y Colombia). "Lo que me lisonjea el mando de un ejército semejante debe usted imaginarlo; pero he llegado al punto en que ni aún la salud de la patria ni la gloria misma me hacen la menor impresión si se opone a la letra de mi deber. El norte puede necesitar de mí y el congreso no me ha permitido salir de Colombia; esas dos circunstancias me retienen en la inacción. Puede ser que todo se pierda por esta misma inacción". Y estas palabras de oro las profería nada menos que el presidente de Colombia, el hombre más poderoso de la América a la sazón. ¡Qué contraste con la conducta de tantos sargentones como después han paseado su insolencia por estas tierras de sus sueños!

Volviendo a la Carta de Lafond, encontramos en ella enormidades de aserciones que no harían honor al jefe de las fuerzas

peruanas si efectivamente él las hubiese escrito. Una de ellas es el cómputo de los combatientes del rey, y el número de los efectivos patriotas que él mismo comandaba. No es uno, sino muchos testimonios irrecusables, Tomás Guido entre otros. Este dice que La Serna con menos de 9,000 hombres y algo más de 1,000 europeos sostenía con éxito la guerra sobre un campo de 600 leguas. Téngase en cuenta que Guido era ministro de guerra del Perú. El hecho es que para esa época la cifra exacta de los efectivos realistas, según todos los datos que pudo recoger Paz Soldán, no pasaba de 9,530 hombres en los días de la conferencia. Los 19,000 hombres de que habla la Carta eran los contingentes adquiridos después de la pulverización del ejército patriota en Torata y Moquehua, y la traición del Regimiento del Río de la Plata que entregó el Callao al enemigo, y la defección de los Granaderos de los Andes, que también se pasaron al campo de los realistas, así como el Once de los Andes.

Y en cuanto al contingente de los patriotas, en el mes de septiembre montaba a 11,000 soldados veteranos "suficiente", dice Lecuna, "para abatir a los españoles que apenas contaban en 1822 con sólo nueve mil hombres en el bajo Perú. Pruébalo que Bolívar libertó el país en 1824 con sólo 9,000 combatientes cuando los españoles reforzados gracias a sus triunfos y a la readquisición del Callao, tenían en el bajo Perú de 12,000 a 13,000 soldados".

No podía, pues, sinceramente, San Martín, por una parte insinuar a Bolívar el 26 o 27 de julio y escribírselo el 29 de agosto, que sin el concurso de todas las fuerzas de Colombia era imposible derrocar el poderío español en el Perú en la época a que nos referimos, ni por otra parte, habría sido necesario su largo viaje desde Lima a Guayaquil, para ponérselo de manifiesto, existiendo el tratado firmado por su ministro Monteagudo y el plenipotenciario colombiano Joaquín Mosquera, antes de la iniciación de la jornada, en que estipulaba con toda precisión la obligación colombiana de auxiliar a su vecina y viceversa. ¿Ignoraba el Protector la existencia de ese solemne convenio hasta el punto de dar ese paso, que dado el mar de fondo que existía contra su régimen debía considerar peligroso como resultó serlo por la revolución que estalló en su ausencia?

Se refiere la carta en parte a la división de Santa Cruz, "cuyas bajas, según me describe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) que en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña". Hay en estas palabras dos especies que con-

tradicen documentos auténticos y que por lo demás no podía lícitamente expresar el ex-Protector, aunque fuese cierto que la mentira procediese de Santa Cruz. Las bajas de la división de Santa Cruz fueron repuestas en Quito primero a raíz de Pichincha, y luego, sin obligación absoluta de ello, con el batallón Cuenca, para resarcir a la división por las deserciones sufridas de Quito a Cuenca, y encima de eso, cuatrocientos hombres más que graciosamente le había prometido Sucre.

La otra especie puesta en la boca de San Martín, como se desprende del párrafo que se analiza, es que la división de Santa Cruz no había llegado a Lima para el 29 de agosto, y que marchaba a su destino por tierra con toda clase de desgaste, pérdidas e incomodidades. San Martín era testigo presencial de que lejos de marchar por tierra a Lima, la división se embarcó en el Naranjal al sur de Guayaquil, en la escuadra de Blanco Encalada que el mismo Protector había hecho arribar a la ría, y que antes de la fecha de la carta ya estaba toda en su destino. Sospechando Bolívar el plan peruano de bloqueo a Guayaquil con la escuadra de Blanco Encalda y rodeo por tierra con la división para promover la usurpación de la provincia, desbarató la jugada haciendo que la división, en vez de marchar de Quito por Babahoyo a Guayaquil, lo hiciese por el camino de Cuenca, y de aquí a Naranjal, cerca de la Puná, donde se embarcó entre el 21 y el 25 de julio, día de la llegada del Protector a la ría.

En la misma escuadra y en la misma ocasión se embarcó el único contingente de que por entonces podía deshacerse el Libertador, es decir, 1,700 hombres pues restándolos de sus fuerzas no le quedaban más que 1,500, bien pocos en verdad para el servicio de la provincia, enviados a las órdenes de Juan Paz del Castillo, no porque el Protector lo solicitase, como veremos luego, sino por sus deseos de la cooperación de fuerzas colombianas en el Perú.

La acusación de la negativa del Libertador a pasar al Perú, por una parte, queda ya desvirtuada; la negativa de fuerzas auxiliares, por otra, se acaba de ver que no existió. Pero hay aquí un punto capital: el Protector no pidió al Libertador auxilio de fuerza alguna para derrotar a los españoles, por la sencilla razón de que poseyendo más soldados que los realistas, sabía que el enemigo "era menos fuerte que él", como se lo expresó. San Martín estaba íntimamente convencido de esto, y así lo manifestó en la conferencia primero, y enseguida con fecha 25 de agosto, nótese bien, un mes y cuatro días después de la supuesta carta, y a un mes escaso de la conferencia con Bolívar, a O'Higgins, al darle

cuenta de su próximo abandono del Perú: ". . . el éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y de Arenales se va a emprender no deja la menor duda de su éxito. Usted me reconvendrá por no concluír la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo; créame, amigo, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio; por otra parte, mi salud está muy deteriorada, el temperamento de este país me lleva a la tumba; en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria; creo que tengo derecho a disponer de mi vejez.

"La expedición de Intermedios saldrá del 12 al 15, fuerte de 4,300 hombres escogidos. Arenales debe amenazar de frente a los de la sierra para que Rudecindo no sea atacado por todas las fuerzas que ellos podrán reunir. La división de Lanza, fuerte de 900 hombres armados, debe cooperar a este movimiento general; es imposible tener un mal suceso".

A Luzuriaga le escribe: "el 20 de éste establezco el congreso general y el 21 me embarcaré para Chile . . . El país queda completamente en seguridad: dejo en solo la capital 11,000 veteranos en el mejor estado. Rudecindo saldrá pronto con una expedición de 4,500 hombres escogidos para Intermedio; interín Arenales los desaloja de la sierra. Si como creo, hay actividad y juicio en las operaciones, en este año no quedan enemigos en el Perú . . . Usted me dirá que estando esto a su conclusión no aprueba mi separación pero, mi compadre, usted conoce el estado de mi salud, y más que todo ya me es insoportable oir decir que quiero coronarme y tiranizar el país . . ."

Estas ocasiones de confidencias con sus amigos, estampadas en documentos incontestables de San Martín, eran los más propicios para afirmar la introducción del deus ex machina: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras, etc." Con que según Guido el despechado héroe hirió sus oídos; ni una sola mención se encuentra en ellas mientras que campea en todas la seguridad del triunfo patriota con los elementos de que disponía, corroboración completa, por otra parte, de la declaración del Libertador: San Martín "no ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva están preparadas para el caso" y "el Protector piensa que el enemigo es más fuerte que él . . . . "

Pero hay un documento ante el cual está por demás cualquier otro raciocinio para echar por tierra la conseja de que Bolívar rechazó un pedido de tropas, y es la carta que éste dictó a su secretario José Gabriel Pérez dirigida a los gobiernos del Perú y

Chile haciéndola extensiva al de Buenos Aires. Lleva fecha del 9 de septiembre de 1822, esto es, once días antes de embarcarse el Protector para Chile. Ignorando completamente que éste intentaba abandonar no sólo el Protectorado sino el comando del ejército, aun sin la primera victoria que le había anunciado, estaba persuadido de que esta carta llegaría a su poder como jefe del gobierno de Lima. No obstante, carta tan notoria publicada por la prensa de Buenos Aires y Chile tuvo que ser conocida de San Martín. Si la declaración categórica que contiene desde su segundo párrafo, es decir, que San Martín no le había solicitado tropas, era contraria a la verdad, y San Martín no protestó de la mentira, asintió a lo aseverado tan concluyentemente y en tan solemne ocasión.

La reproducción de esa misiva nos ahorra más comentarios no sólo sobre la pretendida negativa de cooperación, sino también sobre el vivo interés que tenía el Libertador en el éxito de la lucha con España, sin pensar en que fuese él mismo o cualquier otro caudillo quien lograse la victoria final. Desde luego hace patente la absurda invención de que abrigaba celo alguno contra el Protector. He aquí la carta:

"Cuartel general de Cuenca, a 9 de septiembre de 1822—A los señores ministros de estado y relaciones exteriores de Perú y Chile.

"S.E. el Libertador me manda dirigir a V.S. la presente comunicación que por su importancia es remitida por un extraordinario a fin de alcanzar si es posible, las ventajas que S.E. se propone.

"Aunque S.E. el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil con el Libertador no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación aventurando muchas conjeturas que quizás no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S.E.

"El Libertador ha pensado que es su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos de Perú y de Chile y aun al del Río de la Plata y ofrecer desde luego todos los servicios de Colombia a favor del Perú. S.E. se propone en primer lugar mandar al Perú cuatro mil hombres más de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo, el que no marcha inmediatamente porque no estaba preparado y porque tampoco se ha pedido por parte de S.E. el Protector. Si el gobierno del Perú determina recibir los cuatro mil hombres de Colombia, espera el Libertador que vengan transportes y víveres para llevarlos, anti-

cipando el aviso para que todos los cuerpos se encuentren en Guayaquil oportunamente.

"En el caso de remitirse al Perú esta fuerza el Libertador desearía que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisiva y se esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia para obrar inmediatamente y con la actividad más completa, luego que estuviesen incorporados al ejército aliado. S.E. no se atreve a insistir mucho sobre esta medida porque no conoce la situación del momento; pero desea ardientemente que la vida política del Perú no sea comprometida, sino con una plena y absoluta confianza en el suceso. El amor a la causa de América le ha dictado estos sentimientos que no ha podido reprimir y que se ha creido obligado a comunicar a ese gobierno.

"Además me manda S.E. el Libertador decir a V.S. cuáles son sus designios ulteriores en el caso de que el ejército aliado no venga a ser vencedor en la nueva campaña del Perú. Desearía S.E. que los restos del ejército aliado, siempre que éste tenga algun infortunio, se retiren hacia el norte de modo que puedan inmediatamente recibir seis u 8,000 hombres de refuerzo que irán inmediatamente a Trujillo o más allá. Si los restos del ejército aliado llegasen a replegar por algún accidente hacia el sur, S.E. desearía que el gobierno de Chile le prestase un refuerzo igual para que obrando por aquella parte se pudiese dividir la atención de los enemigos mientras que el ejército de Colombia por el norte obrare sobre Lima en unión de los cuerpos que levantasen en Piura y Trujillo.

"De todos modos es el ánimo del Libertador hacer los mayores esfuerzos por rescatar al Perú del imperio Español, y se atreve a pedir con el mayor ardor al gobierno de Chile que siga su ejemplo en esta parte, y que haciendo un esfuerzo igualmente sin detención seis u ocho mil hombres por la parte del sur del Perú, a obrar con la misma actividad, o más si es posible que la que S.E. piensa desplegar en tales circunstancias.

"Insta mucho el Libertador a ese gobierno para que tome el mayor empeño con las autoridades del Río de la Plata a fin de que se destine un ejército de cuatro mil hombres por lo menos hacia el Cuzco en el caso que sufra el ejército aliado algún revés. Pero aunque este paso remoto no debemos verlo como tal, sino que considerándolo ya como presente, las medidas más eficaces sean empleadas, para arrancarle al enemigo de entre las manos su flamante victoria, y no le demos tiempo para gozarse de ella, y de arruinar los intereses de la América meridional.

"Estas son las ideas que más ocupan al Libertador en este momento y me manda encarecerle a V.S. la importancia que en su concepto merecen. Tengo, etc. J. G. Pérez

De ser falso el contenido de este oficio en punto tan grave como la declaración clara y terminante de que por parte del Protector no se manifestó en la conferencia necesidad alguna de fuerzas, tal aserción habría producido en San Martín la más justa indignación contra el farsante; y al contrario, después de la publicación del oficio en el Argos de Buenos Aires (31 de mayo de 1823), le escribió en estos términos cariñosos desde Mendoza el 3 de agosto del mismo año: "Querido amigo: . . . permítame usted le recomiende al comandante de húsares de la Guardia, don Federico Brandsen. El es muy bravo, inteligente, de educación y un caballero en toda la extensión de la voz. Usted lo conocerá en el peligro . . . Adiós, mi amigo, que el acierto y la felicidad no se separen jamás de usted, estos son los votos de su invariable, José de San Martín".

El oficio de Bolívar que acaba de leerse, es, lo repetimos, aunque otros testimonios faltasen, suficiente para desvirtuar las calumniosas acusaciones forjadas contra Bolívar para contraponer la altura moral de San Martín a la supuesta ambición nefanda incontrolada, celo por su gloria, despreocupación por la causa americana, en una palabra. Basta y sobra para deducir que la famosa carta de Lafond no fue escrita por San Martín en la fecha y circunstancias que ella y los escritores localistas pretenden.

En vista de esta conclusión lógica se ha recurrido al vergonzoso expediente de forjar cartas y documentos ya definitivamente declarados apócrifos. A quien quiera más detalles acerca de estos sucesos, lo remitimos a los insuperables análisis de Vicente Lecuna y la Academia de la Historia de Caracas. Añadiremos sólo una nota. Desde que el Protector explayó ante el Libertador su plan para derrotar a los españoles, consistente en ir sobre ellos en dos columnas separadas, una por Intermedios y otra por la Sierra, en vez de atacarlos con todas sus fuerzas y hacer frente al enemigo para ir eliminando sus contingentes a medida que fueran presentándose, él consideraba que lo procedente no era dividir las fuerzas de ese modo: opinaba por la táctica con que Sucre redujo a polvo a La Serna que contaba con un contingente casi doble del suyo en Ayacucho. Las predicciones del Libertador ante la táctica preconizada por San Martín se cumplieron al pie de la letra en las jornadas de Torata y Moquehua.

En presencia de tantas falsedades, anacronismos, contradicciones que se observan en la carta llamada de Lafond, concluye Lecuna que fue forjada por este marino francés, siendo imposible que tales especies salieran de la pluma de San Martín, actor principal de los sucesos. El historiador chileno José Miguel Irarrázaval Larraín, por otra parte, sostiene que la carta sí fue obra del ex-protector, obra de una larga y lenta elaboración mental destinada a la posteridad para justificar su abandono de la lucha y del ejército. Los reproches de sus amigos por esa causa mantenían al Protector en tal estado de preocupación que según el mismo Guido, apoyado en la autoridad de Alvarez Condarco, el recuerdo del Perú era "un tormento perpetuo para el general San Martín", que según el raciocinio de Irarrázaval, concibió así la elaboración de la carta destinada a sincerarse ante la historia, hasta que encontró el modo de librarla al público por medio del marino francés que le solicitaba datos para su obra.

Dejamos subjudice está opinión del ilustre historiador chileno.

Capítulo X

1822-1823

DESTRUCCION DEL EJERCITO LIBERTADOR DEL PERU

RESUMEN

El consejo electoral de Guayaquil declara por aclamación la reincorporación de la provincia a Colombia — Bolívar se pone en contacto con las diversas regiones del Ecuador — Levantamiento de los pastusos — Benito Boves, sobrino de Tomás Boves — Escapado del depósito de prisioneros de Pichincha — Jefe de la sublevación — Complicidad del gobernador civil Ramón Zambrano — Derrota del gobernador militar colombiano, coronel Antonio Obando — Vasta conspiración de los desafectos de las provincias circunvecinas — Bolívar a la sazón preocupado por las cosas del Perú y de Venezuela — Quiere debelar en persona la rebelión — Lo disuade Sucre, quien se encarga de la comisión — Túquerres evacuado por Boves — Derrota de los pastusos en Taindala — Efecto psicológico — Sucre intima una capitulación — El parlamentario, reducido a prisión — Pasto tomada a sangre y fuego — Sucre a la cabeza del batallón Bogotá reprime los desórdenes vengativos del vencedor contra Pasto — Bolívar en Pasto — Drásticas medidas — Salom reemplaza a Sucre — Su redada de los pastusos — Estos imitan a los zuliotas: se suicidan antes que someterse — La confianza de San Martín en el éxito de la campaña de Alvarado y Arenales — Los nuevos conductores carecían de talento y capacidad bélica — Ausente San Martín, faltaba el lazo que uniese a los defensores del país — Reina en cambio la indisciplina y la anarquía — Bolívar objeto de las diatribas peruanas, sin darles importancia — Ofrece a la Junta gubernativa cuatro mil hombres que son rechazados — Tanto el congreso como la Junta gubernativa que sucedió al Protector corroboraron la tesis de que éste no solicitó fuerzas a Bolívar — El gobierno peruano no prestó auxilio ni atención a la división auxiliar colombiana — Paz del Castillo se vuelve a Colombia con sus auxiliares — Partida de la expedición de Alvarado a Intermedios — Su inercia en Arica — Justificación de la desconfianza de Bolívar en los generales peruanos — Desarmonía entre los diversos componentes de la expedición — La acción de Torata-Moquehua — Cobarde conducta de Juan Lavalle y su escuadrón de Granaderos de los Andes — La tumba del ejército libertador del Perú — La necesidad de esclarecer uno de los infundios que se han inventado para empequeñecer la figura moral del Libertador.

NOS REENCONTRAMOS con el Libertador en Guayaquil. Fue circunstancia en todo extremo feliz que Bolívar no hubiese derogado la convocación del consejo electoral para que se pronunciase sobre el destino de la provincia; porque así no hubo lugar a que a la inquebrantable decisión de sostener los derechos de Co-

lombia se atribuyese el carácter de arbitraria imposición militar. En efecto, el 28 de julio el cuerpo se reunió y después de todas las formalidades indicadas para cuerpos de esa naturaleza, el 31 del mismo mes, por aclamación, esto es, sin voto alguno disidente, la asamblea declaró que desde ese momento y para siempre quedaba la provincia restituída a la república de Colombia. No hay necesidad de repetir que una proclamación en contrario habría provocado la intervención armada de las fuerzas de Bolívar para reducir a la provincia "a su deber". Ya lo había manifestado sin ambajes: una provincia no tiene derecho de separarse de la comunidad de que forma parte "porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente".

Verificado este suceso trascendental para la vida de la gran república, quedó Bolívar en libertad para tomar conocimiento personal de las diversas regiones del Ecuador, como lo hizo, e interiorizarse en sus recursos y necesidades. Los primeros estaban en potencia radicados en la gran fertilidad del país y laboriosidad de los habitantes; necesitaban sí el vigoroso impulso que debía partir de un gobierno enérgico, sabio y patriota, que los pusiese en capacidad de exportar sus productos con ventaja, y de la adecuada organización del comercio interior y exterior.

Mas he aquí que preocupado en estos y semejantes pensamientos y con la situación nada halagüeña creada en el norte por La Torre y Morales, y la suerte del Perú por el sur, desde que los planes estratégicos del general San Martín revelados en la conferencia, según se deduce de la carta de Cuenca del 9 de septiembre (1822) le hicieron desconfiar de la estabilidad de la independencia del Perú, se presenta un nuevo motivo de alarma: los pastusos en el campo de Bomboná y con la capitulación de Pasto habían sido vencidos pero no sometidos. Si estos hombres estuviesen defendiendo una causa justa, serían acreedores al renombre y loor eternos por la abnegación con que sufrían y luchaban una y otra vez en defensa de sus sinceros ideales monárquicos y sostenían su adhesión a Fernando VII. Parece que las moles graníticas que defienden esa región contra incursiones extrañas formaron el carácter de sus habitantes áspero e imperturbable, inabordable e intransigente. No cedían un punto en su credo realista, resueltos andaban hasta a perecer por su Dios y por su rey.

Y aconteció que entre los prisioneros hechos por Sucre en Pichincha estaba un tal Benito Boves, sobrino por su madre del monstruo aquel de la guerra de Venezuela en los años 1813 y

1814, valiente como él, de igual torvo espíritu y aspecto infernal, que para más parecérsele desde el exterior grosero adoptó apellido materno sustituyéndolo al paterno. Este oficial se escapó del depósito de prisioneros. ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los traidores insurgentes! Al grito mágico de lealtad acudieron los paisanos surgidos de entre las breñas vigilantes y protectoras. En un momento aseguraron la complicidad del gobernador civil, el pastuso realista Ramón Zambrano, colocado en esa posición con la esperanza de que el honor lo desarmase y atrajese hacia la república al recalcitrante pueblo: fallido cálculo. Todo se conjuró contra la patria en la ocasión. El gobernador militar Antonio Obando se dejó arrebatar las armas que se pusieron a su disposición.

Claro está que todo aquello fue una vasta conspiración urdida y dirigida por los realistas no sólo de Pasto y la provincia sino de los muchos que pululaban en Guayaquil, Quito, Cuenca, Loja, Túquerres y Popayán, y aun Venezuela y Nueva Granada. La ocasión convidaba a la reacción: Bolívar andaba preocupado con el gran error estratégico de la campaña en que iba a enfrascarse el general Alvarado por el Perú y con los brotes suicidas del nacionalismo peruano cuyos prohombres, comprendía, no vacilarían en echarse en brazos de los realistas en cuyas filas habían militado la mayoría de ellos, antes que dar acogida fraternal y salvadora a los ejércitos aguerridos y vencedores de Colombia y sus experimentados jefes y oficiales. Por otra parte, el norte de Colombia andaba amenazado con los movimientos bélicos de La Torre y Morales. Las excelentes fuerzas del virrey La Serna en la sierra peruana, al triunfar la rebelión, tendrían una magnífica base para su expansión hacia el norte; y al arrollar a las tropas argentino-chilenas en su descabellado movimiento hacia el Alto Perú por Intermedios, como lo vaticinaba el Libertador, Pasto y los pastusos serían un excelente puente de plata para la reconquista.

Bolívar conocía la gravedad del peligro y quería partir él mismo a debelar la sublevación pastusa. Sucre lo disuadió del propósito: mejor era que el jefe supremo permaneciese en el sitio que estaban ocupando, apto para vigilar todos los puntos y a propósito para crear y administrar los remedios posibles a la situación imprevista. Pidió y obtuvo la comandancia de la expedición y con sus escuadrones de Guías y el batallón Rifles libertó a Túquerres, asiento de Boves. Si valerosas las tropas de Sucre, valientes eran también las de Boves, con la ventaja de la minuciosa familiaridad con el terreno que pisaban y el conocimiento exacto de todos sus escondites y recovecos. Esta ventaja habría sido en otras circuns-

tancias y frente a otro jefe, preponderante y decisiva. Pero las tropas colombianas, además de su arrojo llevaban una calidad más, no igualada por su adversario: la pericia bélica de su general. Los recursos estratégicos ideados por Sucre allanaron las naturales y formidables fortificaciones pastusas e hicieron inútiles sus ocultos refugios y su extraordinario valor. El resultado fue que tras obligar a Boves a salir de Túquerres a la opuesta orilla del Guáitara, en una carrera audaz e intrépida al través del puente lo atacó en la cuchilla de Taindala. Observa el patriota que el realista se acrecienta con refuerzos que le llegan en gran número y ordena prudentemente el repliegue a Túquerres para esperar a su turno el arribo del resto de sus contingentes. Una vez reunidas sus mil quinientas unidades vuelve Sucre a la carga. Cortan los adversarios el puente en el paso escogido del río: pues a fabricar otro puente por donde atravesarlo. Frustran esta operación nocturna los elementos de la naturaleza; no importa, se insiste la siguiente noche y sus tropas patriotas atraviesan el río al paso de carga. Se diría que esos hombres están remedando un capítulo de la guerra de Julio César en las Galias.

La batida de Boves en Taindala no fue sólo efecto del fusil y la lanza: tuvo en ella parte preponderante el efecto psicológico: no podían persuadirse los duros hijos de las breñas que viniesen de fuera otros gigantes capaces de trepar la inaccesible altura para desafiarlos en su propio terreno. Derrotados, pretendieron fortificarse detrás de la quebrada de Yacuanquer: no lo permitió el Rifles ni el Bogotá, con los que Sandez y Córdova los atacaron por el frente y un flanco, respectivamente.

Esta nueva derrota acabó de persuadir a Boves de la superioridad de Sucre, de la inutilidad de continuar la contienda, y aconsejó aceptar la capitulación propuesta por el gallardo hijo de Cumaná; caro le iba costando porque quisieron sus hombres destituírlo del mando; el parlamentario de Sucre fue reducido a prisión. Adelante pues, hay que tomar a sangre y fuego la rebelde ciudad de Pasto; el combate se concentra ahora en torno a la iglesia de Santiago, y el enemigo es finalmente batido por el ímpetu de los batallones colombianos vencedores de Bomboná y la lanza llanera. La ciudad queda en manos de las tropas republicanas que han peleado con el sublime valor del patriota y el demoníaco sentimiento de venganza contra esos hombres que los sometieron desde hace un año a tantas penalidades y sacrificios. El general en jefe se vio en la necesidad de colocarse personalmente a la cabeza del Bogotá para poner coto a los desmanes de sus vengativos soldados de Rifles. Boves se escapó por el Marañón río abajo hasta el Brasil.

Esta brillante campaña duró desde mediados de noviembre hasta el 24 de diciembre, fecha de la toma de Pasto.

Sucre enseguida hizo todo esfuerzo por recuperar las armas perdidas antes de la campaña y recoger las de las guerrillas fugitivas.

El Libertador, centinela vigilante, estuvo durante todo el tiempo en las cercanías del teatro de la guerra, y ahora conceptuó necesario trasladarse a Pasto.

¿De qué valieron las consideraciones con que los traté, las concesiones que les otorgué, los privilegios que les concedí después de la capitulación de Bomboná? Que vengan los jefes alzados a contestar qué agravios han querido vindicar con esta rebelión. Y traídos a su presencia los prisioneros, no dan respuesta alguna al Libertador, sellan sus labios, antes bien es pública voz y fama que se glorían de haber dado esa muestra de su devoción por Dios y su venerado rey Fernando. ¡Caso incurable, hoguera de odio perpetuamente encendida en medio de Colombia para su desasosiego y destrucción!

Salom queda de jefe de Pasto y su provincia, sustituyendo a Sucre cuyos servicios se necesitan en el sur. Las instrucciones de Bolívar son draconianas. Todos los hombres hábiles deben prenderse e incorporarse en las filas y remitirse a Guayaquil. Deben confiscarse todos los bienes de los rebeldes que no se hubieran presentado en el término fijado por el vencedor. Fuera de esto el Libertador solicita del obispado de Quito veinticinco sacerdotes que prediquen la paz, destierra del país otros que se habían distinguido por su celo en estimular el odio a la república, y toma medidas análogas con otras personas de Pasto y Quito que conspiraban contra los intereses de la independencia. Con este proceder buscaba anular la inteligencia de los desafectos de Colombia y el Perú con bases en los Pastos y mantener expedita la comunicación indispensable entre la patria y el nuevo campo de preocupaciones y lucha.

¿Lograría extinguir con tales medios los focos de sublevación?

Salom no encontró otra manera de cumplir su cometido que la que O'Leary censura y condena justamente con las más duras palabras. El hombre, con razón encontraba inútil usar de métodos mansos porque no había conseguido su objeto de esos hombres convencidos e intransigentes como los pasos de sus ríos y lo escarpado de sus senderos, y apeló a engañarlos y atraerlos con mentidos decretos de olvido, perdón y amnistía. Y tendió la red. Para que escuchasen la lectura de bellas promesas se les convocó a la plaza. Más

de mil hombres se congregaron para oír la lectura de la pieza en que se proclamaban las garantías y derechos que los cobijaban, para recibir las cédulas de garantías que se les otorgaban. Mas estando en ello he aquí que se presenta de súbito una columna de soldados que los priva en el acto de su libertad. Los prisioneros son remitidos a Quito y Guayaquil para embarcarse luego hacia el Perú. Pero ni aún así ceden a su suerte. Los valerosos pastusos con sus áscaros breñales inaccesibles y su alma indomable nos recuerdan a los suliotas perseguidos por los turcos en las breñas donde habían tenido que refugiarse. "Alternativamente vencedores o vencidos", dice Núñez de Arce, "pero siempre indomables . . . al fin sucumbieran bajo el peso del número después de haber defendido sus montañas en medio de las más crueles privaciones, cumbre por cumbre y peñasco por peñasco". Villemain, citado por el mismo Núñez de Arce, describe la espantosa escena en que las mujeres, cuando se convencieron de que todo estaba perdido, se reunieron con sus hijos en brazos sobre la cúspide de unos peñascos a cuyo pie se abría una espantosa sima, y presas de honda desesperación los arrojaban a ella, y después agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaban a bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo donde perecieron todas".

Tal estos hombres, mutatis mutandis. En la marcha hacia Quito se dejaban morir de hambre; en Guayaquil se suicidaban arrojándose al Guayas; los que pudieron ser embarcados para el Perú se sublevaron a bordo y con gusto sufrieron la pena capital. ¡Todo antes que someterse al yugo de los odiados colombianos, insurgentes, enemigos de su Dios y de su rey!

Volvamos ahora a los asuntos peruanos. En la carta que el Protector del Perú escribió a su amigo y colega O'Higgins el 25 de agosto de 1822 para anunciarle su próxima separación del mando del ejército y del gobierno, con las razones justificativas de su determinación, le manifiesta, como lo hizo con otros compañeros, la seguridad del triunfo del ejército argentino-chileno-peruano, por la cantidad y calidad de sus unidades. "El éxito de la campaña no deja la menor duda de su éxito" . . . "Es imposible tener un mal suceso". Y a Lorenzo Luzuriaga le escribe al mes siguiente: . . . "este país queda completamente en seguridad: dejo en la sola capital once mil veteranos en el mejor estado. Rudecindo saldrá pronto con una expedición de cuatro mil quinientos hombres escogidos para

Intermedios interin Arenales los desaloja de la sierra . . ." Ya hemos visto la oposición de Bolívar a este plan estratégico y su vaticinio absolutamente pesimista; pero prescindiendo de esta opinión que resultó ser una profecía, debemos señalar que San Martín se equivocaba en su optimismo, porque para abrigarlo y manifestarlo él tenía sólo en cuenta un factor muy exterior: el número y calidad de las tropas, pero prescindía del otro factor tan importante como ése, si no lo era más; el talento, el entrenamiento, la capacidad práctica de los nuevos conductores militares, la dirección impresa por un gobierno capaz, enérgico y sin sombra de mezquindad. Si el Protector hubiera estado al frente del gobierno y a la cabeza de la expedición, podía esperarse la realización de sus firmes esperanzas, hombres al fin a quien sobraban estas cualidades. Lo hacía delirar la falta de consideración de este factor.

¿Qué lazo de cohesión, qué fuerza moral servía de argamasa para la construcción de la victoria una vez ausente el gran capitán argentino? El gobierno a su salida quedó constituído por una Junta plural, sistema débil; ante todo, para gobernar una tempestad bélica, propio sólo para fomentar el desconcierto; los componentes de la Junta de Gobierno, hombres ineptos para sus funciones, faltos de la decisión necesaria para hacer marchar la revolución con vigor por los caminos más adecuados; caudillos políticos llenos de ambiciones, inflamados por vanos resquemores, debilitada su atención por espejismos de promoción y mando: de su seno no podía surgir sino anarquía, rencilla interna, dejadez de los intereses nacionales, desatención de las necesidades del ejército, celos vergonzosos contra Bolívar y los contingentes que pudiera suministrar en hombres para cooperar en la victoria, bien común a todos.

Y Bolívar mascaba en silencio la amargura del desastre que veía venir con todas sus consecuencias contra la libertad de América.

Bolívar conocía la diatriba de que era objeto en el Perú; pero hacía caso omiso de este detalle atinente a su persona, levantaba la vista por encima de estas pequeñeces y no pensaba sino en salvar lo que había podido hacer y dejaba tras sí San Martín, como base para operar la libertad de todo el país y consolidar la autonomía americana.

Esta preocupación preponderante movió al Libertador a ofrecer a la Junta de Gobierno cuatro mil soldados más fuera de la división auxiliar que comandaba el general Juan Paz del Castillo. Se le contesta al secretario del Libertador con fecha 25 de octubre: "La suprema Junta gubernativa del Perú, en virtud de resolución

del soberano congreso, me manda contestar a V.S. con respecto a la nota del 9 de septiembre anterior, sobre planes de guerra, manifestándole el reconocimiento del Perú a las generosas ofertas de S. E. el Libertador de Colombia, de que se hará uso oportunamente, y que entre tanto podría S.E. auxiliar este estado con el mayor número posible de fusiles, cuyo artículo hace notable falta, en inteligencia de que su valor será satisfecho religiosamente tan pronto como se desahogue un tánto el erario".

De este modo desdeñoso y en apariencia cortés despreciaba el congreso por medio de la inepta junta gubernativa, su miserable testaferro, la preocupación y desvelos del Libertador por prestar ayuda a sus hermanos empeñados en una empresa de vida o muerte; y brotes espontáneos de esta naturaleza no los toman en cuenta ciertos escritores y profesores de historia contemporáneos cuando aseguran ex-cátedra que Bolívar negó auxilios bélicos al Perú, inspirado en un temperamenteo ambicioso y egoísta.

Obsérvese de paso que a estos pocos días de la partida del Protector el congreso y la Junta sucesora de aquél abrigaban también la convicción reiteradamente expresada de que el ejército existente en el Perú era suficiente para batir al enemigo.

El gobierno peruano, inepto, como hemos calificado y con nosotros la gran mayoría de los historiadores, no era capaz ni aún de proveer para las tropas los más elementales medios de subsistencia y bienestar. No comprendía que las bajas ocasionadas por deserción, enfermedad o muerte era preciso reponerlas si había de contarse con un ejército para la defensa del país; que había que vestirlas y alimentarlas adecuadamente para conservarlas sanas y con suficiente vigor para la pelea. Al descuido o negativa en algunos de estos renglones se agregaba la intención de desmembrar o dividir la división auxiliar de Paz del Castillo, contra la perentoria orden del Libertador, de mantenerla siempre unida. Paz del Castillo no lograba que se le prestasen oídos, y como era natural se quejaba del abandono al Libertador, quien finalmente terminó por ordenarle la vuelta a Colombia con su división auxiliar de 1,800 hombres, y además el batallón Numancia, rebautizado por él con el nombre de Voltígeros de la Guardia. Ya se ha visto el deseo que el famoso batallón tenía de pasar a su país a servir entre sus paisanos. Ahora ese anhelo estaba más acuciado desde el momento en que San Martín pidió y obtuvo el permiso para hacer la guerra a Colombia.

Y Paz del Castillo partió con sus contingentes el 8 de enero de 1823. Llegó, dice Bolívar a Santander, "muy brillante, parece tropa de Europa, pero todo su brillo ha salido de su propio sueldo.

El gobierno del Perú nos ha cargado en cuenta, todo, todo, todo, hasta las municiones que gastaban las tropas, los cartuchos de instrucción, la composición de fornituras, no abonando al soldado más que diez pesos de su sueldo en un país abominablemente caro y en que pedían excesivanete por todo. Además, de diez pesos, la mayor parte se daba en papel moneda, que vale muy poco. Hasta ahora no hemos sabido que haya otro papel contra nosotros que el que incluyo. Por lo demás, la salida de nuestra división ha hecho poco efecto y yo me persuado que esta indiferencia nace del miedo que nos tenían pensando que los queríamos conquistar por lo que se ha visto en Guayaquil, que tan pacíficamente se reunió a la república. Los peruanos son muy graciosos, nos tienen usurpadas dos provincias; a Buenos Aires, cuatro; y disputan Chiloé a Chile, y después tienen miedo de que los conquisten, porque siempre el ladrón tiene miedo de la justicia". Complicencia de la Junta y los magnates que miraban con rencor y desconfianza a los colombianos. Rencor por haberles frustrado el logro de sus rapaces aspiraciones sobre Guayaquil; desconfianza por miedo a la "ambición" de Bolívar.

Es de advertirse que Paz del Castillo había oportunamente pedido al gobierno una garantía para su misión y las tropas de su mando por medio de las estipulaciones de un contrato que propuso. Entre sus condiciones existía una que a él le había impuesto Bolívar, a saber, que en ningún caso debería dividir su fuerza expedicionaria; que ella debía moverse completa y con sus propios jefes. Otra condición era que las bajas de la división debían llenarse con soldados colombianos de los cedidos por Colombia para reemplazar las bajas de la división de Santa Cruz y los cuatrocientos excedentes otorgádosle graciosamente por Sucre y el Libertador. Estas dos propuestas no las aceptó el gobierno.

La primera condición mencionada obedecía sin duda a la justa desconfianza que abrigaba Bolívar de los jefes argentinos y peruanos que actuaban en el Perú, confirmada con creces en las acciones y movimientos anteriores y posteriores. Esta negativa y los insultos, diatribas y desconfianza arrojados y manifestados en el congreso contra Bolívar y los colombianos, inspiraron la valiente protesta del jefe de la división y su petición de que se le permitiera dejar el país. Luego se verá que la "ambición" del Libertador fue el único instrumento capaz de cortar definitivamente las cadenas peruanas, no sin antes haber instado repetidas veces a Bolívar para que corriese a liberarlos, ahogados en la espantosa anarquía que ellos mismos habían desencadenado sobre el país

¡Miserias de los hombres! se diría el Libertador. ¡Ceguedad de la inteligencia instigada por las pequeñas pasiones del corazón! Y convencido de que tarde o temprano habrían de reconocer su error, aunque fuese transitoriamente, continuó acopiando, concentrando, disciplinando soldados para la campaña del Perú.

Sin la preparación, equipo y víveres necesarios, Alvarado había emprendido la campaña de Intermedios embarcándose en el Callao en la primera quincena de octubre, y la expedición no logró reunirse en Arica sino a principios de diciembre. Su situación era alarmante; carecía de lo más indispensable, incluso víveres, que el país, talado por el vigilante enemigo, no podía proporcionarle. Hasta el agua era escasa. Perplejo, inactivo, temeroso de su responsabilidad permanecía Alvarado con sus cuatrocientos hombres, cuando podía haber atacado a Jerónimo Valdés que tenía menos fuerzas, quizás con buen éxito. Su actitud equivalía a dar largas a su movimiento, de suerte que sin proponérselo permitío que Canterac, que distaba setecientos cincuenta kilómetros de Valdés, se uniera con éste. Por otra parte los nativos no le prestaban ayuda alguna y él carecía de iniciativa y energía para obligarlos. Cuando se decidió a moverse, y siguió por el camino de Tacna "se olvidó del parque o no tuvo cómo arrastrarlo", según la frase de Encima.

Jerónimo Valdés por su parte hizo en un momento el error de avanzar hacia la costa con una pequeña columna que fácilmente pudo ser pulverizada por el general Martínez con la vanguardia republicana: el general Francisco Antonio Pinto, jefe de estado mayor de la división auxiliar chilena y otros testigos describen minuciosamente los hábiles movimientos de los generales realistas Valdés y Canterac unidos en un sólo designio, sin egoístas emulaciones ni resquemores ni más ambición que triunfar, movimientos en que momentáneos errores no supieron aprovecharse por los patriotas con jefes inhábiles, "animados" como dice Paz Soldán, "por la desarmonía, por una sorda guerra entre chilenos. argentinos y peruanos" de que se componía el ejército expedicionario patriota; por la más lamentable indisciplina, en una palabra.

El 19 de enero (1823) fue el primer gran encuentro de los ejércitos contendientes. Tuvo lugar en Toreata, con la inmensa ventaja de la posición ocupada por las columnas unidas de Valdés y Canterac. Por fin Alvarado los ataca: parece como que había estado esperando que se colocaran en la más ventajosa posición posible. Pelearon los independientes con valor, pero los realistas lograron hacerles bajas de mucha consideración: perdieron casi seiscientos hombres.

Con los que se salvaron se replegó el patriota a Moquehua, donde lo esperaba el golpe de gracia.

General Lavalle, ordena Alvarado al principio de la tremenda justa, cargue usted al enemigo con el ímpetu y valor dignos de la fama de los Granaderos de los Andes. Lavalle partió a galope a cumplir la comisión, pero a treinta pasos del enemigo volvió grupas en vergonzosa huída y no paró hasta Ilo, donde se embarcó hacia el norte. Esta corrida de los Granaderos tuvo influencia preponderante en el éxito de la batalla: desbandó, atropelló el batallón Número 4 de Chile, desmoralizó temprano a sus compañeros de lucha e infló el ánimo del enemigo. De los cuatro mil hombres que sacó Alvarado de Lima sólo regresaron sanos ochocientos.

Y Miller comenta en sus memorias: en Moquehua "los patriotas tenían la ventaja de la posición y quizás no eran inferiores en número, pero se habían originado desgraciadamente disenciones entre los jefes. Los soldados estaban desalentados, la insubordinación se percibía en todas las clases y una derrota completa fue la consecuencia".

Así terminó la campaña que tan firmes esperanzas inspiraba al Gran Capitán de los Andes. Su abandono de los campos de gloria fue como una sentencia de muerte para su obra esclarecida. Torata y Moquehua fueron la tumba del ejército libertador del Perú.

Capítulo XI

1823

ENTRE SCILA Y CARIBDIS

RESUMEN

Los dirigentes peruanos no supieron aprovechar la lección de Torata y Moquehua – Palabras de Luna Pizarro y Sánchez Tudela contra Bolívar y los auxiliares extranjeros – Un profundo cáncer causa de la derrota, corroía las entrañas peruanas – Bolívar se mantenía imperturbable – Señorío completo de Bolívar sobre todos los diversos efectos humanos – Carta a Santander, carta a las Garaicoas – Carta a Fernando Toro – El estallido de la bomba de tiempo de Moquehua – Mi delirio sobre el Chimborazo – Bolívar había estado preparándose para el caso – Olvidando lo pasado, vuelve a ofrecer su concurso al Perú – Marcha Luis Urdaneta a celebrar un convenio en el Perú – La noticia de la derrota produjo el caos en el Perú – La opinión pública acusa a la Junta de complicidad en la derrota – Motín militar de Santa Cruz – Impone a José de la Riva Agüero como presidente de la república – Silueta de Riva Agüero – Extinción de la junta gubernativa – Clamor general por la presencia de Bolívar – Reserva egoísta de Riva Agüero en la misión del general Mariano Porto Carrero – Bolívar teme la traición de Riva Agüero, Ramón Herrera y demás funcionarios, "godos hasta hace poco" – "Ni un grano de terreno del Perú" pretende Colombia – Porto Carrero por su cuenta invita a Bolívar – Bolívar ofrece seis mil hombres en vez de los cuatro mil que pide el presidente – Aleccionado por el caso anterior de la división de Paz del Castillo hace firmar un contrato – A las cuarenta y ocho horas del arribo de Porto Carrero se empezaron a despachar las tropas del auxilio – Satisfacciones de Porto Carrero por las injurias hechas a Bolívar – La actividad de la ardilla en Riva Agüero – El general Sucre nombrado ministro de Colombia ante el gobierno peruano – Riva Agüero invita al Libertador mediante la embajada del coronel Francisco de Mendoza y el marqués de Villa Fuerte – Hipocresía y doblez de Riva Agüero – Bolívar se ha convertido en sombra funesta para él – La invitación obedece al incontenible clamor general – Segunda sublevación de los pastusos – Derrota de Juan José Flores – Bolívar carece de medios de defensa, pero los crea – Estratagemas del Libertador – Triunfo de Ibarra – Los derrotados se refugian entre sus breñas, y los que no pueden llevar sus armas las destruyen – "Parte del gobierno peruano es godo y todo él inepto" – Por tercera vez se llama al Libertador – El congreso comisiona a José Joaquín Olmedo e Hipólito Unanue – Elocuente discurso de Olmedo – ¿Podía el Libertador ausentarse de Colombia? – La cuarta llamada, de parte de Torre Tagle.

LA SEVERA LECCION DE Torata y Moquehua no tuvo virtud suficiente para aleccionar a los conductores peruanos. Tuvo algo después el efecto de una llamarada que alumbró las vías por donde

solamente podía marchar el país a su salvación. Como toda llamarada, pronto perdió su fulgor y una densa oscuridad cerró de nuevo el horizonte.

El presbítero Luna Pizarro, diputado, al explicar en el congreso el 25 de octubre (1822) las razones por las que el gobierno debía rechazar los cuatro mil hombres que el Libertador ofrecía para asegurar el éxito de la campaña de Intermedios, cuyo fracaso descontaba desde que conoció el plan de San Martín, había dicho: "Si damos entrada a la anarquía Bolívar tendrá un pretexto para introducirse en el país: guerrero feliz, él podrá conquistar nuestra independencia; pero en cambio aspira a hacerse déspota y dominarnos como esclavos. Los sucesos confirmarán la exactitud de mis pronósticos".

Y Pérez Tudela había exclamado: "¿Hasta cuándo existirá el Perú bajo la tutela de esas tropas auxiliares? ¿Hasta cuándo carecerá de una fuerza propia para alejar al enemigo y sostener su decoro y dignidad? " Y agrega que hay en el país muchos oficiales jóvenes que aspiran a ser colocados en las filas, y que en esos puestos harían temblar a los tiranos, y el Perú sería libre e independiente.

Esta actitud era la de los políticos y constituía la clave del nacionalismo suicida a que se sometió, o de otro modo, de la destrucción a que se empujó al ejército comandado por Alvarado. El rechazo de las ofertas generosas, el mal trato de la columna auxiliar de Paz del Castillo, que dicho sea de paso, experimentaban también los auxiliares chilenos y argentinos, las hojas impresas contra la persona de Bolívar que circulaban diariamente, no eran sino un débil síntoma del profundo cáncer que corroía las entrañas de la causa republicana.

¿Qué muestras podía exhibir la historia del Libertador que justificaran las imputaciones de que se le hacía blanco? Los dirigentes peruanos estaban dominados por un nacionalismo morboso: menos mal si fuese sólo basado en un probado mérito y capacidad de ellos para levantar a su patria y elevarla hasta el pedestal de una república libre, independiente, respetada. Pero era a pocas vueltas de un análisis somero, la envidia de la incapacidad e impotencia, el temor de que poniendo orden en el desorden del egoísmo con que ellos andaban identificados, los igualase a todos bajo un mismo cartabón y acabase con la emulación que les servía de norma en su ambición desapoderada de superar los unos a los otros y apoderarse del mando, honores y privilegios: a este sentimiento tenían sub-